

# «¿PUEDES BEBER ESTE CÁLIZ?»»

Henri J. M. Nouwen

«¿PUEDES  
BEBER ESTE CALIZ?»»

Henri J. M. Nouwen

*En memoria de  
Adam John Arnett*

17 de noviembre de 1961-13 de febrero de 1996

Título original: *Can you drink the cup?* 1996

Traducción: Emilio Ortega Sebastián

Diseño de cubierta: Estudio SM  
Pablo Núñez

© Ave Maria Press, Inc.  
Notre Dame  
IN 46556  
USA

© PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.  
Enrique Jardiel Poncela, 4  
28044 - Madrid

ISBN: 84-288-1418-X

Depósito legal: M-18.654-1997

Fotocomposición: Grafilia, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta SM - Joaquín Turina, 39 - 28044 Madrid

## AGRADECIMIENTOS

Este libro fue escrito durante los primeros meses de mi año sabático, año que la comunidad de El Arca de Daybreak me ofreció para escribir.

Estoy muy agradecido a todos los miembros de la comunidad, y, en especial, a Nathan Ball, su director, y a la pastora espiritual, Sue Mosteller, por todo lo que me animaron y apoyaron durante aquellos meses que pasé fuera del hogar.

Quiero dar las gracias también a Peggy McDonnell, a su familia y a sus amigos, quienes en memoria de Murray McDonnell, se ofrecieron a financiarme este libro.

Escribí «¿Podéis beber este cáliz?» durante mi estancia en casa de Hans y Margaret Kruiwagen, en Oakville, Ontario, y en casa de Robert Jonas, Margaret Bullitt-Jonas y Sam, hijo de ambos, en Watertown, Massachusetts. Su gran bondad y su generosa hospitalidad me brindaron el ambiente ideal para reflexionar y escribir. Quiero dirigir una palabra especial de agradecimiento para la madre de Margaret Bullitt-Jonas, Sarah Doering, que me ofre-

ció su apartamento mientras ella hacía un retiro budista de tres meses.

También estoy inmensamente agradecido a Kathy Christie por su ayuda competente y eficaz como secretaria, y por su gran paciencia ante mis numerosas llamadas «urgentes» y los «importantes» cambios de mis pensamientos. Su amistad es para mí un auténtico regalo. Una palabra de agradecimiento muy particular para Susan Brown, cuya ayuda para dar los últimos retoques editoriales fue una bendición inesperada, y para Wendy Greer, que hizo valiosas correcciones.

Finalmente quiero agradecer a mi editor, Frank Cunningham, de Ave Maria Press, por su incansable interés en mi original y su cuidado exquisito en la forma de presentar el texto.

Dedico «¿Podéis beber este cáliz?» a Adam Arnett, mi amigo y maestro, de quien hablo en estas páginas. Adam murió el 13 de febrero de 1996 justo cuando acabé este libro. Espero y rezo por que su vida y su muerte sigan alimentando las vidas de todos los que le conocieron y le amaron tanto.

*Entonces, la madre de los Zebedeos se acercó a Jesús con sus hijos y se arrodilló para pedirle un favor.*

*Él le preguntó:*

*—¿Qué quieres?*

*Ella le contestó:*

*—Manda que estos dos hijos míos se sienten uno a tu derecha y otro a tu izquierda cuando tú reines.*

*Jesús respondió:*

*—No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber la copa de amargura que yo he de beber?*

*Ellos dijeron:*

*—Sí, podemos.*

*Jesús les respondió:*

*—Beberéis mi copa, pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo, sino que es para quienes lo ha reservado mi Padre.*

(Mt 20,20-23)

## Prólogo

### EL CÁLIZ Y LA COPA

Era el domingo 21 de julio de 1957. Bernard Alfrink, cardenal arzobispo de Holanda, me impuso las manos sobre la cabeza, me revistió de una casulla blanca y me ofreció su cáliz dorado para que lo tocara con mis manos atadas, palma con palma, con una cinta de lino. Luego, junto con otros veintisiete candidatos más, fui ordenado sacerdote en la catedral de Santa Catalina, en Utrecht. Nunca olvidaré las profundas emociones que invadieron mi corazón en aquel momento.

Desde que tenía seis años había sentido un gran deseo de ser sacerdote. Si exceptuamos algunas veleidades, que se centraron, sobre todo, en la idea de ser capitán de la marina, deslumbrado por el aspecto de aquellos hombres con sus uniformes blancos y azules y sus galones dorados desfilando en la estación de nuestra ciudad, siempre soñé con la posibilidad de decir misa, como lo hacía mi tío Anton.

Mi abuela materna fue mi gran apoyo. Avispada

mujer de negocios, había construido un gran almacén en el que mi madre trabajaba unas horas llevando la contabilidad y donde yo podía correr a mis anchas, utilizar los ascensores libremente y jugar al escondite con mi hermano menor. En cuanto descubrió el inicio de mi vocación al sacerdocio, mandó al carpintero del almacén que me construyera un altar a mi medida y le pidió a su costurera que le hiciera las ropas eclesiásticas necesarias para que yo jugara a ser sacerdote. Cuando cumplí los ocho años, había convertido el desván de nuestra casa en una capilla de niños, donde jugaba a decir misa, predicaba a mis padres y familiares, y donde monté toda una jerarquía de obispos, sacerdotes, diáconos y monaguillos entre mis amigos. Mientras tanto, mi abuela no sólo continuó regalándome nuevas cosas para jugar a ser sacerdote, como cálices y patenas, sino que me introdujo con suavidad en la vida de oración y animó mis relaciones personales con Jesús.

Cuando cumplí los doce años quise entrar en el seminario menor, pero tanto mi padre como mi madre pensaron que era demasiado joven para abandonar el hogar. «No estás preparado para tomar una decisión sobre el sacerdocio», me hizo reflexionar mi padre. «Es mejor que esperes hasta que tengas dieciocho.» Llegó 1944 y mis padres querían que fuera al instituto de nuestra ciudad, cercana a Amsterdam. La II Guerra Mundial había llegado a un punto crítico, pero mis padres consiguieron

mantenernos a mi hermano y a mí alejados de aquellos horrores, e incluso lograron que siguiéramos una vida escolar más que aceptable, teniendo en cuenta las circunstancias. Después de la guerra nos fuimos a La Haya, donde terminé el Bachillerato. Finalmente, en 1950 ingresé en el seminario para estudiar filosofía y teología y para prepararme para la ordenación.

En este 21 de julio de 1957, cuando se hizo realidad mi sueño tan largamente acariciado de ser sacerdote, era un joven ingenuo de veinticinco años. Había llevado una vida muy protegida. Había crecido como un jardín muy cuidado y aislado por una buena valla. Era el jardín de los cuidados de mis padres; mis experiencias eran todas inocentes, las de un chico de un grupo scout, de misa y comunión diarias, largas horas de estudio con profesores muy pacientes, y muchos años de una vida de seminario, feliz pero aislada. Fruto de todo eso fue un intenso amor a Jesús y un deseo incontenible de anunciar el Evangelio al mundo, pero yo no era plenamente consciente de que no todos en ese mundo me estaban esperando. Solamente había tenido algunos contactos con protestantes, y siempre con mucho cuidado. Nunca me había encontrado con personas no creyentes, y, ciertamente, no tenía ni idea sobre otras religiones. Desconocía por completo a personas divorciadas, y si había algunos sacerdotes que habían abandonado el sacerdocio, se me mantenía alejado de ellos. ¡El mayor escándalo

que había vivido fue el de un amigo que dejó el seminario!

El jardín de mi juventud seguía siendo muy hermoso y me ofrecía unos dones inapreciables para el resto de mi vida: gozo espiritual, una profunda devoción a Jesús y a María, un verdadero deseo de orar y un gran amor por la teología y la espiritualidad; un buen conocimiento de las lenguas modernas, un serio interés por la Escritura y los primeros escritores cristianos, un entusiasmo por la predicación y un fuerte sentido de mi vocación. Mi abuela materna, mis abuelos paternos, mis padres, amigos y profesores, todos me animaron a profundizar en mi deseo de vivir mi vida con Jesús para los demás.

Cuando el cardenal Alfrink me entregó el cáliz, me sentí preparado para empezar mi vida como sacerdote. El gozo de aquel día sigue viviendo en mí como un precioso recuerdo. El cáliz fue el signo de aquel gozo.

La mayoría de mis compañeros de clase se hicieron con cálices especialmente fabricados para su ordenación. Yo fui una excepción. Mi tío Anton, que fue ordenado en 1922, me ofreció su cáliz como signo de su gratitud a Dios por haber sido ordenado sacerdote un miembro de la familia. El cáliz era hermoso, obra de un famoso orfebre holandés y adornado con diamantes de mi abuela. El pie estaba decorado con un crucifijo en forma de árbol de la

vida, en el que crecían unos racimos y hojas de parrá que cubrían el pie y la copa. Alrededor del círculo del pie se habían grabado unas palabras en latín: *Ego sum vites, vos palmites*, que quiere decir «yo soy la vid, vosotros los sarmientos». Fue un precioso regalo y me emocionó recibirlo. Recuerdo que le dije a mi tío: «¿Te he visto celebrar misa tantas veces con este cáliz! ¿Eres capaz de celebrarla con otro?». Me sonrió y contestó: «Quiero que lo tengas tú. Es un regalo de tu abuela, que murió demasiado pronto para haberte visto convertido en sacerdote, pero cuyo amor por su nieto mayor está contigo en este día». Y como seguía dudando de si aceptar o no el cáliz, insistió: «Tómalo, pero entrégaselo al próximo miembro de nuestra familia que sea ordenado».

El cáliz sigue en mi poder porque hasta el momento, nadie de mi familia ha sido ordenado sacerdote. Lo guardo en la sacristía de la capilla de Dayspring, en Toronto, donde ahora vivo. A menudo lo enseño a mis amigos y visitantes. Pero han pasado tantas cosas durante los treinta y siete años que siguieron a mi ordenación, que el cáliz de mi tío, una joya de orfebrería, ya no expresa lo que vivo en este momento. Ahora en las eucaristías empleo unas grandes copas, hechas en Vermont por Simon Pierce, un gran artista de la cristalería artesanal. El precioso cáliz de oro, que solamente podía ser tocado y usado por un sacerdote, ha sido reemplazado por grandes copas de cristal en las que se



puede ver el vino y de las que pueden beber muchas personas. Esas copas de cristal hablan de una nueva manera de ser sacerdote y de una nueva manera de ser persona. Hoy me siento contento teniendo estas copas en el altar, pero sin el cáliz de oro que me entregó mi tío Anton hace cerca de cuarenta años, nunca habrían llegado a tener el valor que tienen para mí.

## Introducción

### LA PREGUNTA

En este libro quiero contaros la historia de la copa. No se trata de mi historia personal sino de la historia de la vida.

Cuando Jesús pregunta a sus amigos Santiago y Juan, los hijos del Zebedeo: «¿Podéis beber la copa de amargura que yo he de beber?» plantea una pregunta que apunta directamente al corazón de mi sacerdocio y de mi vida como persona. Hace años, cuando mantenía en mis manos aquel precioso cáliz, no me parecía difícil responder a esa pregunta. A mí, un sacerdote recién ordenado, lleno de ideas y de ideales, la vida me parecía rica en promesas. ¡Me sentía impaciente por beber la copa!

Hoy, sentado frente a una mesa baja, rodeado por hombres y mujeres con problemas mentales, y por los que los atienden, y ofreciéndoles las copas de vino, servido en cristal, la misma pregunta se ha convertido en un desafío espiritual. ¿Puedo, podemos beber la copa que bebió Jesús?

Todavía recuerdo el día, hace unos pocos años, cuando se leyó durante la eucaristía la historia en la que Jesús suscita esta pregunta. Eran las ocho y

media de la mañana, y unos treinta miembros de la comunidad de Daybreak estaban reunidos en la pequeña capilla del sótano. De repente las palabras «¿podéis beber la copa?» taladraron mis oídos como la flecha afilada de un cazador. Supe en aquel momento, como fruto de una iluminación interior, que hacernos esta pregunta en serio podría cambiar radicalmente nuestras vidas. Es la pregunta que tiene el poder de abrir como una carga de profundidad un corazón endurecido y dejar al desnudo los tendones de la vida espiritual.

«¿Puedes beber la copa? ¿Puedes beberla hasta los últimos posos? ¿Eres capaz de saborear todas las tristezas y gozos? ¿Puedes vivir la vida en su plenitud, sea lo que sea lo que te reserve?» Me di cuenta de que ése era el sentido profundo de la pregunta.

Pero ¿por qué debemos beber esta copa? ¡Hay tanto dolor, tanta angustia, tanta violencia! ¿Por qué debemos beber la copa? ¿No sería mucho más fácil vivir con normalidad nuestras vidas con un mínimo de sufrimiento y un máximo de placer?

Después de la lectura, cogí espontáneamente una de las grandes copas de cristal que se hallaban sobre la mesa frente a mí, y mirando a los que me rodeaban, algunos de los cuales apenas podían andar, hablar, oír o ver, dije: «¿Podemos sostener la copa de la vida en nuestras manos? ¿Podemos levantarla para que los demás la vean, y podemos beberla hasta el fondo?». Beber la copa es mucho

más que tragar su contenido, cualquiera que éste sea, lo mismo que partir el pan es mucho más que romper en trozos una hogaza. Beber la copa de la vida exige *mantenerla firmemente entre nuestras manos, levantarla y beberla*. Es la celebración completa de ser humano.

¿Podemos mantener nuestra vida, elevarla y beberla, como lo hizo Jesús? En algunos de los que me rodeaban se podía apreciar que eran conscientes de lo que se les decía, pero en mí se dio un profundo conocimiento de la verdad. La pregunta de Jesús me había inspirado un nuevo lenguaje con el que hablar sobre mi vida y sobre las vidas de los que me rodeaban. Durante mucho tiempo, después de esta sencilla eucaristía de la mañana, seguí oyendo la pregunta de Jesús: «¿Podéis beber la copa de amargura que voy a beber?». Sólo el hecho de dejar que la pregunta calara en mí me hizo sentir muy incómodo. Pero me di cuenta de que tenía que empezar a vivir con ella.

Este libro es fruto de haberlo hecho. Quiere conseguir que la pregunta de Jesús atravesase nuestros corazones para que así pueda nacer en ellos una respuesta personal. Seguiré los tres elementos que surgieron aquella mañana en la capilla de Daybreak: tomar la copa, levantarla y beberla. Ellos me permitirán descubrir los horizontes espirituales que la pregunta de Jesús nos abre, e invitaros a los que vais a leer este libro a uniros a mí en este descubrimiento.

I

TOMAR LA COPA

## TOMAR ENTRE LAS MANOS

¡Antes de beber la copa, debemos cogerla con ambas manos!

Todavía me acuerdo de una comida familiar hace mucho tiempo en Holanda. Nos habíamos reunido para celebrar algo muy especial, aunque he olvidado si se trataba de un cumpleaños, una boda o un aniversario. Como todavía era pequeño, no me permitían beber vino, ¡pero me sentía fascinado por la forma en que los mayores lo bebían! Una vez servido en las copas, mi tío cogió la suya con sus dos manos y la levantó a la altura de su cara. Luego, moviendo suavemente la copa y su contenido, dejó que el aroma le inundara las fosas nasales, miró a todas las personas que estaban a la mesa, tomó un pequeño sorbo y dijo: «Muy bueno... Un vino excelente... Dejadme ver la botella.... Debe ser de los años cincuenta».

Se trataba de mi tío Anton, el hermano mayor de mi madre, sacerdote, monseñor, una autoridad en muchas cosas, una de ellas, en la calidad de los vinos. Siempre que tío Anton participaba en las comidas familiares, hacía uno o dos comentarios sobre el vino que se servía. Solía decir: «de mucho

cuerpo», o «no es lo que yo esperaba», o «podría ser un poco más fuerte», o «excelente para el asado», o «bien, está bien para el pescado». Sus críticas no siempre agradaban a mi padre, que era el que proveía la mesa de vino, pero nadie se atrevía a contradecirle. Cuando yo era todavía casi un niño, me intrigaba todo el ritual que se vivía alrededor del vino. A menudo mis hermanos y yo le tomábamos el pelo a mi tío diciéndole: «Bueno, tío Anton, ¿puedes saber el año en que ha sido elaborado este vino sin mirar la etiqueta? Eres un experto, ¿verdad?».

Saqué una conclusión de todo aquel ceremonial: beber vino es algo más que el hecho de beber. Tienes que saber qué tipo de vino estás bebiendo y debes poder hablar sobre él. De la misma manera, no basta con vivir la vida. Debemos saber lo que estamos viviendo. Una vida sobre la que no reflexionamos no vale la pena ser vivida. Pertenece a la esencia del ser humano contemplar nuestra propia vida, pensar en ella, discutir sobre ella, evaluarla y formar nuestras propias opiniones sobre ella. La mitad de la vida consiste en reflexionar sobre lo que estamos viviendo. ¿Es valiosa? ¿Es buena? ¿Es nueva? ¿Qué es en definitiva? El mayor gozo, lo mismo que el mayor dolor de vivir, no sólo es una consecuencia de lo que vivimos, sino también e incluso más, de lo que pensamos y sentimos sobre cómo vivimos. Pobreza y riqueza, éxito o fracaso, belleza o fealdad no son exactamente hechos de la vida.

Son realidades, vividas de manera diferente por las distintas personas, dependiendo del lugar en que son colocadas esas realidades en un esquema más amplio de cosas reales o soñadas. Una persona pobre que ha comparado su pobreza con la riqueza de su vecino y piensa en la enorme diferencia que se da entre los dos, vive su pobreza de una manera muy diferente a la persona que no tiene al lado un vecino rico y que nunca ha tenido la posibilidad de comparar su realidad de pobre con la situación de privilegio del rico. La reflexión es esencial para el crecimiento, el desarrollo y el cambio. Es el único poder de la persona humana.

Sujetar firmemente con las manos la copa de la vida significa mirar con sentido crítico lo que estamos viviendo. Esto exige un gran coraje, pues puede aterrorizarnos lo que vamos a ver. Pueden surgir preguntas para las que no tenemos respuestas. Pueden nacer dudas sobre cosas de las que teníamos una gran seguridad. El miedo puede estar agazapado y saltarnos a la cara desde los rincones más insospechados de nuestra alma. Nos tienta decirnos a nosotros mismos: «Vamos a vivir sencillamente la vida. Todo eso de pensar sobre ella lo único que trae consigo es hacerla más difícil». Pero sabemos por intuición que si no miramos la vida de una manera crítica, perdemos visión y orientación. Cuando bebemos la copa sin primero haberla mantenido entre nuestras manos, podemos emborra-

charnos e ir de un lado para otro sin dirección, sin sentido.

Mantener firmemente entre las manos la copa de la vida es una disciplina dura. Somos personas sedientas y nos gusta empezar a beber inmediatamente. Pero necesitamos frenar nuestro impulso de beber, poner ambas manos alrededor de la copa y preguntarnos: «¿Qué se me da a beber? ¿Qué hay en mi copa? ¿Es algo que no entraña riesgo? ¿Es bueno para mí? ¿Fortalecerá mi salud?».

Lo mismo que hay una cantidad incontable de vinos, hay una variedad incalculable de vidas. No hay dos vidas iguales. A menudo comparamos nuestra vida con la de los demás e intentamos descifrar si son mejores o peores, pero esas comparaciones no nos sirven de mucho. Tenemos que vivir nuestra propia vida, no la de otros. Tenemos que mantener firmemente entre nuestras manos *nuestra propia* copa. Tenemos que atrevernos a decir: «Ésta es mi vida, la que se me ha dado, y ésta es la vida que tengo que vivir lo mejor que pueda. Mi vida es única. Ningún otro vivirá esta vida mía. Tengo mi propia historia, mi propia familia, mi propio cuerpo, mi propio carácter, mis propios amigos, mi propia manera de pensar, de hablar y de actuar. Sí, tengo que vivir mi propia vida. Nadie tiene ante sí el mismo reto que yo. Estoy solo, porque soy único. Muchas personas pueden ayudarme a vivir mi vida, pero después de que todo haya sido dicho y hecho, ten-

go que hacer mis propias elecciones sobre cómo vivir».

Es duro decirnos esto a nosotros mismos porque al hacerlo nos enfrentamos a nuestra propia soledad. Pero, al mismo tiempo, es nuestro reto maravilloso porque lleva consigo el privilegio de nuestra unicidad.

Recuerdo en estos momentos la extraordinaria escultura de Philip Sear del indígena americano Pumunangwet, en el Fruitlands Museums de Harvard, Massachusetts. Está de pie, con su cuerpo escultural desnudo y bien erecto, ceñido con un paño de lino. Mantiene el arco con la mano izquierda, muy por encima de su cabeza, apuntando al cielo. En su mano derecha sigue vivo el recuerdo de la flecha que acaba de lanzar hacia las estrellas. Está totalmente poseído de sí mismo, sólidamente asentado en el suelo y absolutamente libre para apuntar mucho más allá de sí mismo. Sabe quién es. Está orgulloso de ser el guerrero solitario, llamado a cumplir una misión sagrada. Evidencia una actitud de dominio de sí mismo.

Lo mismo que este guerrero, debemos mantener nuestra copa, ser totalmente conscientes de quiénes somos y de qué es lo que estamos llamados a vivir. ¡Luego, nosotros también podremos apuntar a las estrellas!

## LA COPA DEL DOLOR

Cuando llegué por primera vez a la comunidad de El Arca de Daybreak, vi mucha tristeza, mucho dolor.

Me pidieron que cuidara a Adam, un joven de veintidós años que no podía hablar ni caminar solo, y que, al menos aparentemente, no reconocía a nadie. Encorvado, sufría ataques epilépticos casi a diario y padecía frecuentes dolores intestinales. Cuando me encontré con Adam por primera vez, me dio miedo. Sus impresionantes limitaciones físicas me hacían verlo como un ser extraño a mí, un hombre al que quería evitar.

Al poco tiempo conocí también a su hermano Michael. Aunque Michael podía hablar algo y andar sin ayuda de nadie, e incluso hacer por sí mismo pequeños trabajos, también era un hombre con enormes deficiencias y necesitaba una atención constante durante todo el día. Adam y Michael eran los únicos hijos de Jeanne y Rex.

Michael vivió en casa hasta que cumplió los veinticinco años y Adam hasta los dieciocho. A Jeanne y a Rex les habría gustado continuar cuidando a sus hijos en casa. Pero la edad les había incapa-

citado físicamente para poder hacerlo. Por eso se los confiaron a la comunidad de El Arca de Day-break, seguros de que éste sería un buen hogar para ellos.

Me sentía absolutamente abrumado al pensar en el dolor de esta pequeña familia. Cuatro personas destrozadas por las angustias y el sufrimiento, por el miedo a complicaciones inesperadas, por la incapacidad de comunicarse claramente, por el sentimiento de una gran responsabilidad y por la convicción de que la vida, con el correr de los años, se les iba a hacer cada vez más difícil.

Pero Adam, Michael y sus padres eran parte de un dolor aún mayor. Ahí está Bill, que por su distrofia muscular necesita un tranquilizante cardiaco, una máquina de respiración asistida durante toda la noche, y que vive constantemente aterrado por el miedo a caerse. No tiene unos padres que le visiten. Jamás pudieron cuidarlo y los dos murieron a una edad más bien temprana.

Está Tracy, completamente parálítico pero con una mente brillante, siempre luchando para expresar sus sentimientos y sus pensamientos. Y Susanne, que no solamente es disminuida psíquica sino que además se siente atormentada por voces interiores que no puede dominar. Y Loretta, cuya disminución le causa la sensación de que nadie la quiere, ni su familia ni sus amigos. Su búsqueda de afecto y afirmación la hunde en momentos de profunda desesperación y depresión. Y David, Francis,

Patrick, Janice, Carol, Gordie, George, Patsy... Todos ellos tienen su copa llena de sufrimiento.

A su alrededor hay hombres y mujeres de edades diferentes, de distintos países y religiones, que intentan ayudar a estas personas malheridas. Pero pronto descubren que esas personas a las que cuidan les revelan sus propias penas, menos visibles, pero no por eso menos reales: familias rotas, insatisfacciones sexuales, alienación espiritual, dudas sobre la carrera profesional que deben seguir y, en la mayoría de ellos, unas relaciones confusas con sus mundos. Cuanto más miran sus propios pasados heridos y se enfrentan a sus futuros inciertos, tanto más conscientes se hacen de la cantidad de dolor que llena sus vidas.

Y para mí las cosas no son demasiado diferentes. Después de vivir diez años con personas con deficiencias mentales y con los que los cuidan, me he hecho profundamente consciente de que mi corazón es también un charco oscuro y sucio de dolor. Hubo un momento en el que llegué a decir: «El año próximo todo tendrá sentido para mí», o «cuando madure algo más, estos momentos de oscuridad interior desaparecerán», o «la edad hará que disminuyan mis necesidades emocionales». Pero ahora me he hecho perfectamente consciente de que mis sufrimientos son míos y de que no me abandonarán. De hecho sé que son sufrimientos muy antiguos y muy profundos, y que no habrá suficientes pensamientos positivos que los mitiguen. La lucha



adolescente por encontrar a alguien que me amara sigue presente en mí. Las necesidades insatisfechas de afirmación como joven adulto siguen vivas en mí. La muerte de mi madre y de miembros de mi familia y amigos durante estos últimos años me producen un dolor constante. Además de todo esto, experimento una pena profunda al ser consciente de no haber llegado a ser el que había soñado, y de que el Dios al que he orado tanto no me ha dado lo que más he deseado.

¿Pero qué es nuestro dolor en una pequeña comunidad de Canadá, comparado con el dolor de la ciudad, del país y del mundo? ¿Qué hay del dolor de las personas que carecen de hogar, que piden limosna en las calles de Toronto; qué hay de los jóvenes, ellos y ellas, que mueren de sida; qué hay de los miles de personas que viven en las prisiones, hospitales psiquiátricos y en los centros para enfermos incurables? ¿Y qué hay de las familias rotas, los parados, y del número incontable de disminuidos, hombres y mujeres, que no tienen un sitio seguro, como Daybreak?

Y cuando miro más allá de las fronteras de mi propia ciudad y país, el cuadro de dolor se hace más aterrador. Veo a niños huérfanos de padre y madre, abandonados en las calles de Sao Paulo como manadas de lobos; veo a jóvenes, chicos y chicas, vendidos para ejercer la prostitución en Bangkok; veo a los prisioneros de guerra demacrados en la antigua Yugoslavia. Veo los cuerpos des-

nudos de numerosas personas en Etiopía, en Somalia, vagabundeando en los desiertos. Veo también millones de caras solitarias, hambrientas, a lo largo y ancho del mundo, y montones enormes de personas asesinadas en guerras crueles fruto de conflictos étnicos. ¿De quién es esta copa? Es nuestra copa, la copa del sufrimiento humano. Para cada uno de nosotros, nuestros sufrimientos nos resultan profundamente personales. En realidad, nuestros sufrimientos son también universales.

Ahora miro al varón de dolores. Está colgado de una cruz con los brazos abiertos. Es Jesús, condenado por Poncio Pilato, crucificado por soldados romanos y ridiculizado tanto por los judíos como por los gentiles. Pero se trata también de nosotros, de toda la raza humana, personas de todos los tiempos y lugares, arrancadas de la tierra como espectáculo de agonía para los ojos de todo el universo. Como dijo Jesús: «Y yo, una vez que sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos a mí» (Jn 12,32). Jesús, el varón de dolores, y nosotros, hombres y mujeres de dolores, como él, estamos colgados ahí, entre el cielo y la tierra, gritando: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

«Podéis beber la copa de amargura que yo he de beber?», preguntó Jesús a sus amigos. Ellos respondieron que sí. Pero no tenían idea de la carga de sufrimiento que conllevaba una respuesta afirmativa. La copa de Jesús es la copa del sufrimiento,

no solamente de sus propios sufrimientos sino de los de toda la humanidad. Es una copa llena de angustias físicas, mentales y espirituales. Es la copa del hambre, la tortura, la soledad, el rechazo, el abandono y la angustia inmensa. Es la copa llena de amargura. ¿Quién quiere beberla? Es la copa de la que habla Isaías cuando dice: «Tú que has bebido de la mano del Señor la copa de su ira, y has apurado hasta las heces el vaso del vértigo» (Is 51,17), y que el segundo ángel en el Apocalipsis llama «el vino de la desenfrenada lujuria» (14,8) que Babilonia da a beber a todo el mundo.

Cuando le llegó a Jesús el momento de beber la copa, dijo: «Siento una tristeza mortal» (Mt 26,38). Su agonía fue tan intensa que «le entró un sudor que chorreaba hasta el suelo, como si fueran gotas de sangre» (Lc 22,44). Sus amigos íntimos, Santiago y Juan, a los que preguntó si podían beber la copa de amargura que él iba a beber, estaban allí con él, pero profundamente dormidos, incapaces de permanecer despiertos con él en su dolor. En su inmensa soledad, cayó rostro en tierra y gritó: «Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa de amargura» (Mt 26,39). Jesús no podía enfrentarse a ella. Era un fardo insoportable de sufrimiento. Demasiado dolor para aguantarlo, demasiado sufrimiento para abrazarlo, demasiada agonía para pasar por ella. Sintió que no podía beber aquella copa llena de amargura hasta el borde.

¿Por qué pudo seguir diciendo sí? Me siento in-

capaz de responder adecuadamente a esta pregunta. Lo único que puedo decir es que más allá del abandono total que vivía física y espiritualmente, Jesús mantenía un vínculo espiritual con aquél al que llamaba Abba. Confiaba más allá de la traición, vivía una entrega por encima de la desesperación, un amor más allá de todos los miedos. Esta intimidad que superaba toda intimidad humana permitió a Jesús que pasara de él el cáliz al convertirlo en una oración dirigida a quien le había llamado «mi amado». Aún viviendo esa angustia con suprema intensidad, ese vínculo no se había roto. No lo sentía en su cuerpo, ni lo vivía en su mente. Pero estaba allí, más allá de todo sentimiento y pensamiento, y mantenía la comunicación por encima y más allá de toda ruptura. Fue ese tendón espiritual, esa íntima comunión con su Padre la que le hizo mantener la copa entre sus manos y orar: «Padre mío, no se haga como yo quiero, sino como quieres tú» (Mt 26,39).

Jesús no arrojó la copa lejos de sí en un gesto de desesperación. No, la agarró con sus manos y deseó beberla hasta las heces. No fue una prueba de fuerza de voluntad, una decisión firme o un gesto de gran heroísmo. Fue un profundo y espiritual sí al Abba, al amante de su corazón herido.

Cuando contemplo mi propio corazón herido, cuando pienso en mi pequeña comunidad de personas con deficiencias psíquicas y en sus cuidadores, cuando veo a los pobres de Toronto, así

como el dolor inmenso de los hombres, las mujeres y los niños a lo largo y ancho del planeta, me pregunto dónde tiene que nacer ese gran sí. En mi propio corazón y en los corazones de mis hermanos escucho el grito incontenible: «Oh Dios, si es posible, que pase de mí este cáliz de amargura». Lo escucho en la voz del joven con sida que pide limosna en la calle Yonge para poder comer, en los gritos apenas audibles de los niños hambrientos, en el grito desgarrado de los prisioneros torturados, en los gritos de furor de los que protestan contra la proliferación nuclear y en favor del equilibrio ecológico del planeta, y en las peticiones interminables en favor de la justicia y de la paz en todo el mundo. Es una oración que se eleva a Dios, no como incienso sino como una llama devoradora.

¿En dónde nos nacerá a todos ese gran sí? «Que sea como tú lo quieres, no como lo quiero yo». ¿Quién puede decir sí cuando no se ha oído la voz del amor? ¿Quién puede decir sí cuando no existe un Abba a quien dirigirse? ¿Quién puede decir sí cuando no se da un solo momento de consuelo?

En medio de la oración angustiada de Jesús pidiendo a su Padre que apartase de él aquella copa de amargura, hubo un momento de consuelo. Sólo lo menciona el evangelista Lucas. Dice: «Entonces se le apareció un ángel del cielo que lo estuvo confortando» (Lc 22,43).

En medio de los dolores está el consuelo; en medio de la tiniebla se da la luz; en medio de la de-

sesperación existe la esperanza; en medio de Babilonia se vislumbra Jerusalén; en medio del ejército de los demonios existe un ángel consolador.

La copa de la amargura, que parece inconcebible, inasumible por sus dimensiones, es también la copa del gozo. Sólo cuando la descubrimos en nuestra propia vida podemos pensar en beberla.

## LA COPA DEL GOZO

Después de mis nueve años en la comunidad de Daybreak, Adam, Michael, Bill, Tracy, Susanne, Loretta, David, Francis, Patrick, Janice, Carol, Gordie, George y muchos otros que forman el núcleo de nuestra comunidad, se han hecho amigos míos. Más que amigos son una parte íntima de mi vida diaria. Aunque siguen siendo tan disminuidos como cuando los encontré por primera vez, pocas veces pienso en ellos como personas discapacitadas. Pienso en ellos como hermanos y hermanas con los que comparto mi vida. Me río con ellos, lloro con ellos, como con ellos, voy al cine con ellos, rezo y celebro con ellos; en una palabra, vivo mi vida con ellos. Y me llenan de un gozo inmenso.

Después de cuidar a Adam durante algunos meses, dejó de darme miedo. Despertarlo por la mañana, bañarlo, limpiarle los dientes, afeitarlo y darle el desayuno creó un vínculo tan fuerte entre nosotros, un vínculo más allá de las palabras y de las señales visibles de agradecimiento, que empecé a echarle de menos cuando no podíamos estar juntos. Mi tiempo con él se había convertido en un tiempo de oración, de silencio y tranquila intimidad.

Adam se había convertido en un creador de paz para mí, un hombre que me amaba y que tenía depositada su confianza en mí, incluso cuando preparaba el agua para bañarlo demasiado fría o demasiado caliente, cuando le cortaba con la maquinilla de afeitar o cuando le preparaba una ropa a todas luces inadecuada.

Dejaron de asustarme sus ataques epilépticos. Sencillamente me obligaban a detenerme, a olvidarme de otros trabajos que tenía que hacer y a quedarme con él, tapándole con gruesas mantas para mantenerlo caliente. Su dificultad a la hora de andar, su lentitud al hacerlo ya no me irritaban, sino que me daban la oportunidad de permanecer de pie detrás de él, de abrazarlo y de hablarle con palabras cariñosas cuando daba un paso tras otro. El hecho de que derramase un vaso lleno de zumo de naranja o de que se le cayese al suelo su cuchara llena de comida no me producía miedo alguno sino que me invitaban a limpiarlo. Conocer a Adam fue un privilegio para mí. ¿Quién puede sentirse tan cerca de un ser humano como yo me sentía de Adam? ¿Quién puede emplear unas pocas horas diariamente con un hombre que se te confía y se te entrega totalmente? ¿No es eso el gozo?

Y Michael, el hermano de Adam, ¡qué gran regalo llegó a ser su amistad! Era el único en la comunidad que me llamaba «padre Henri». Cada vez que lo decía, le asomaba la sonrisa a la cara, sugiriendo que él también debería ser padre. Con su voz vacilante,

temblorosa, decía una y otra vez, señalando la larga estola alrededor de mi cuello: «Yo... quiero... eso... también... padre». Cuando Michael se pone triste porque su hermano está enfermo, o porque él mismo sufre serias molestias físicas, o porque alguien al que quiere se va, viene a mí, me abraza y llora como un niño. Luego, al cabo de un rato, me agarra por los hombros, me mira, y con una sonrisa que le aflora a su cara surcada por las lágrimas, me dice: «Eres... un... padre... divertido». Cuando rezamos juntos, a menudo se señala el corazón y dice: «Lo siento... aquí... aquí, en mi corazón». Y cuando estrechamos nuestras manos, brota de ese gesto un inmenso gozo, fruto del dolor compartido.

Bill, ese hombre con tantos altibajos físicos y psicológicos en su vida, se ha convertido en un compañero del que no puedo prescindir. A menudo me acompaña en los viajes en los que doy charlas. Hemos ido a Washington, Nueva York, Los Ángeles y a muchos otros lugares durante años, y adonde quiera que vamos, la gozosa presencia de Bill es tan importante como mis múltiples palabras. A Bill le encanta contar chistes. Con su forma sencilla, directa, inconsciente, entretiene a la gente durante horas, ya se trate de un auditorio de ricos o de pobres, de dignatarios o gente de a pie, de obispos o camareros, de miembros del parlamento o ascensoristas. Para Bill, todos son importantes y todos merecen escuchar sus chistes. Pero a veces Bill siente que su dolor es excesivo para poder aguan-

tarlo. En algunas ocasiones, cuando habla de Adam, que sufre de una incapacidad total para expresarse, o de Tracy, que no puede andar, estalla en un llanto inconsolable. Luego pone sus manos en mis hombros y llora abiertamente, sin ningún reparo. Y al cabo de un rato le vuelve la sonrisa y continúa la historia.

Y ahí está la sonrisa radiante de Tracy cuando viene a verla algún amigo, las atenciones exquisitas de Loretta para cuidar a quienes están más disminuidos que ella, y las infinitas formas en las que David, Janice, Carol, Gordie, George y otros se ayudan cuidándose mutuamente. Todos ellos son auténticas fuentes de gozo.

No es sorprendente que muchos hombres y mujeres jóvenes de todo el mundo quieran venir a Daybreak para estar cerca de estas personas tan especiales. Sí, *vienen* a cuidarlos, a atenderlos en sus necesidades. Pero *se quedan* porque aquellos a los que han venido a cuidar los inundan de un gozo y de una paz que no han encontrado en ningún otro sitio. Evidentemente, los miembros disminuidos de Daybreak les ponen en contacto con sus propias limitaciones, con sus propias heridas internas y con sus tristezas, pero el gozo que proviene de vivir juntos, *embebidos por el compañerismo de los débiles*, convierte el dolor no sólo en tolerable sino en una fuente de gratitud.

Mi propia vida en esta comunidad ha sido inmensamente gozosa, aunque nunca he sufrido tanto,

nunca he llorado tanto y nunca he pasado tanta angustia como en Daybreak. En ninguna parte me han conocido tan bien como en esta pequeña comunidad. Me resulta totalmente imposible ocultar mi impaciencia, mi rabia, mi frustración y mi depresión entre personas que están tan en contacto con su propia debilidad. Mis necesidades de amistad, de afecto y de afirmación son evidentes para todos. Nunca he experimentado tan profundamente que la verdadera naturaleza del sacerdocio es el acompañamiento compasivo de los demás. El sacerdocio de Jesús está descrito en la carta a los Hebreos como una solidaridad con el sufrimiento humano. Hoy, el hecho de que me llamen sacerdote me reta radicalmente a abandonar toda distancia, a bajarme de cualquier pedestal, a abandonar cualquier torre de marfil y a compartir con sencillez mi propia vulnerabilidad con la vulnerabilidad de las personas con las que vivo. ¡Y qué gozo representa esto! El gozo de pertenecer, de ser parte de algo o de alguien, de no ser diferente.

De alguna manera mi vida en Daybreak me ha posibilitado que mis ojos descubran el gozo donde muchos otros no ven más que dolor. Hablar con un hombre sin techo en una calle de Toronto ya no me parece algo angustiioso. De pronto, el dinero ha dejado de ser el aspecto fundamental. Lo que importa más bien es: «¿De dónde eres? ¿Quiénes son tus amigos? ¿Qué te ha pasado en la vida?». Los ojos se encuentran, las manos se tocan, y se da, sí, a

veces de una forma absolutamente inesperada, una sonrisa, la risa franca y un verdadero momento de gozo. El dolor sigue ahí presente, pero algo ha cambiado por el hecho de no limitarme a estar enfrente de alguien, sino de sentarme con él y compartir un momento de compañerismo fraternal.

¿Y el inmenso sufrimiento del mundo? ¿Cómo puede darse el gozo en los moribundos, los hambrientos, las prostitutas, los refugiados y prisioneros? ¿Cómo se atreve nadie a hablar de gozo frente al indecible sufrimiento humano que nos rodea?

Pero, ¡ahí está! A cualquiera que tenga el valor de profundizar en el sufrimiento humano se le ofrece una revelación de gozo, escondido como una piedra preciosa en el muro de una cueva oscura. Sentí una revelación de este tipo mientras vivía con una familia muy pobre en Pamplona Alta, una de las «barriadas nuevas» de los suburbios de Lima. Allí se daba la mayor pobreza que jamás había visto, pero cuando vuelvo a pensar en mis tres meses con Pablo, María y sus hijos, mi memoria se llena de gozo, de sonrisas, abrazos, juegos sencillos y de aquellas tardes interminables, sentados todos, entregados a contar historias. Allí se daba el gozo, un auténtico gozo; no el gozo fruto del éxito, del progreso o de la solución de su pobreza, sino el que brota de un espíritu humano despierto, enteramente vivo en medio de hechos menudos, inesperados, entrañables. Cuando la hija de un amigo de Nueva York volvió hace poco de Rwanda de un trabajo de

cooperante, me di cuenta con toda claridad de que aquella mujer había visto y vivido algo más que la desesperación que puede brotar de todos aquellos horrores en los que había vivido sumergida. Su corazón estaba profundamente turbado, pero no destrozado. Era capaz de continuar su vida en los Estados Unidos con una entrega mayor en favor de la paz y de la justicia. Los gozos de la vida habían sido mucho más fuertes que las tristezas de la muerte.

La copa de la vida es la copa del gozo tanto como la copa de la amargura. Es la copa en la que penas y gozos, tristezas y alegrías, el llanto y la danza nunca están separados. Si el gozo no pudiera estar presente donde hay amargura y dolor, sería imposible beber la copa de la vida. Por eso debemos mantener firmemente entre nuestras manos la copa y mirar cuidadosamente para ver los gozos escondidos entre los dolores.

¿Podemos ver a Jesús como al hombre de los gozos? Parece imposible ver el gozo en un cuerpo torturado, desnudo, colgado de una cruz de madera, con los brazos extendidos. A veces, se presenta la cruz de Jesús como un trono glorioso en el que se sienta un rey. En esos casos se presenta el cuerpo de Jesús no destrozado por la flagelación y la crucifixión, sino luminoso, hermoso, con heridas sagradas.

La cruz de san Damián, que habló a san Francisco de Asís, es un buen ejemplo. Nos muestra a Cristo crucificado como a un Jesús victorioso. La

cruz está rodeada por espléndidos adornos de oro; el cuerpo de Jesús es un cuerpo humano perfecto, inmaculado; el madero horizontal del que pende está pintado como la tumba abierta de la que se levanta Jesús, y todos los reunidos bajo la cruz con María y Juan están llenos de gozo. En la parte superior podemos ver la mano de Dios, rodeada de ángeles, haciendo entrar a Jesús de nuevo en el cielo.

Ésta es una cruz de resurrección en la que vemos a Jesús elevado a la gloria. Las palabras de Jesús «cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos a mí» (Jn 12,32) se refieren no solamente a su crucifixión sino también a su resurrección. Ser elevado significa no sólo serlo como un crucificado sino también como resucitado. Nos habla no sólo de agonía sino también de éxtasis, no sólo de dolor sino también de gozo.

Jesús lo deja bien claro cuando dice: «Lo mismo que Moisés levantó la serpiente de bronce en el desierto, el Hijo del hombre tiene que ser levantado en alto, para que todo el que crea en él tenga vida eterna» (Jn 3,13-14). Lo que Moisés levantó en el desierto a modo de estandarte fue una serpiente de bronce: «Y todos los que hayan sido mordidos y la miren quedarán curados» (Núm 21,8-9). La cruz de Jesús es también estandarte de curación, no precisamente para sanar las heridas físicas sino para curar la condición humana mortal. El Señor resucitado eleva a todas las personas con él, hacia su vida, nueva y eterna. El Jesús que grita «Dios mío,

Dios mío, ¿por qué me has abandonado? (Mt 27,47) también exclama en un gesto de sometimiento total: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46). Jesús, que participó completamente en nuestras penas, quiere que nosotros compartamos con él plenamente su gozo. Jesús, el hombre lleno de gozo, quiere que participemos también de ese mismo gozo.

«¿Podéis beber la copa de amargura que yo he de beber?» Cuando Jesús les preguntó esto a Santiago y a Juan, y cuando ellos, impulsivamente, respondieron «podemos», Jesús hizo esta predicción aterradora, pero al mismo tiempo llena de esperanza: «Muy bien; beberéis la copa». La copa de Jesús sería su copa. Lo que Jesús viviría, también lo vivirían ellos. Jesús no quiere que sus amigos sufran, pero sabía que para ellos, como para él, el sufrimiento era el único y necesario camino hacia la gloria. Más tarde diría a dos de sus discípulos: «¿No era preciso que el Mesías sufriera todo esto antes de entrar en su gloria?» (Lc 24,26). La «copa del dolor» y la «copa del gozo» no pueden separarse. Jesús sabía muy bien esto, aunque en medio de su angustia en el huerto, cuando su alma estaba «triste hasta la muerte» (Mt 26,38), necesitara un ángel del cielo para recordárselo. Nuestra copa está a menudo tan rebosante de dolor que nos parece imposible que quepa en ella el más mínimo gozo. Cuando se nos estruja como racimos, no podemos pensar en el vino en el que nos convertiremos. La



pena nos abruma, nos hace postrarnos por tierra, con nuestra cara pegada al polvo, y sudamos gotas de sangre. Entonces se nos tiene que recordar que nuestra copa de dolor es también nuestra copa de gozo y que un día seremos capaces de saborear el gozo tan plenamente como ahora saboreamos el dolor.

Inmediatamente después de ser consolado por el ángel, Jesús se puso en pie y se enfrentó a Judas y a la cohorte que había venido a arrestarlo. Cuando Pedro desenvainó su espada e hirió al siervo del sumo sacerdote, Jesús le dijo: «Envaina de nuevo tu espada. ¿Es que no debo beber esta copa de amargura que el Padre me ha preparado?» (Jn 18,10-11).

A partir de aquel momento Jesús ya no es el hombre abrumado por la angustia. Se enfrenta a sus enemigos con gran dignidad y libertad interior. Mantiene su copa llena de dolor, pero también de gozo. Es el gozo de conocer que lo que está a punto de cumplir es la voluntad de su Padre y que le va a llevar al cumplimiento de su misión. El evangelista Juan nos muestra el enorme poder que emana de la persona de Jesús. Juan escribe: «Jesús, que sabía perfectamente lo que le iba a ocurrir, salió a su encuentro y les preguntó:

—¿A quién buscáis?

Ellos le contestaron:

—A Jesús de Nazaret.

Jesús les dijo:

—Yo soy...

En cuanto les dijo "soy yo", comenzaron a retroceder y cayeron a tierra» (Jn 18,4-6).

El sí incondicional de Jesús a su Padre le había fortalecido para beber la copa de amargura, no con una resignación pasiva, sino en total conocimiento de que la hora de su muerte sería también la hora de su gloria. Su sí hizo de su rendimiento un acto creativo, un acto que llegaría a dar mucho fruto. Su sí alejó la posible fatalidad de la interrupción de su ministerio. En vez de un final irrevocable, su muerte se convirtió en el principio de una nueva vida. Por tanto, su sí le capacitó para confiar plenamente en la rica cosecha que el grano muerto acarrearía consigo.

¡Los gozos están escondidos en los dolores! Lo sé por mis propias épocas de depresión; por vivir con personas disminuidas psíquicas; por mirar a los ojos de los enfermos y por estar entre los más pobres de los pobres. Solemos olvidar esta verdad y nos sentimos abrumados por nuestra propia oscuridad. Perdemos de vista fácilmente la perspectiva de nuestros gozos y hablamos de nuestras penas como si fuese la única realidad existente.

Necesitamos recordarnos unos a otros que la copa del dolor es también la copa del gozo, que lo que realmente nos causa tristeza puede convertirse en un campo fértil de alegría. Por tanto necesitamos

ser ángeles los unos para los otros, necesitamos darnos mutuamente fuerza y consuelo. Porque solamente cuando nos demos cuenta perfectamente de que la copa de la vida no es sólo una copa de dolor sino también una copa de gozo, seremos capaces de beberla.

II

LEVANTAR LA COPA

## LEVANTAR

Las buenas maneras eran muy importantes en nuestra familia. Sobre todo en la mesa.

En el vestíbulo de nuestra casa colgaba una gran campana. Diez minutos antes de la cena, mi padre la hacía tañer con fuerza y anunciaba en voz alta, para que le oyéramos bien: «¡A cenar! Que todo el mundo se lave las manos».

En la mesa podían cometerse «muchos pecados», como poner los codos en la mesa, llenar la cuchara o el tenedor excesivamente, comer deprisa, masticar con la boca abierta, hacer ruidos al comer, no usar el tenedor y el cuchillo al comer la carne, usar el cuchillo para cortar los espaguetis... Muchas de nuestras comidas estaban salpicadas por las pequeñas órdenes de mi padre: «Los codos fuera de la mesa», «espera a que todo el mundo se haya servido» y «no hables mientras comes».

Cuando me hice mayor, se me permitió beber un vaso de vino. Era una señal de haber entrado en el mundo de los adultos. En 1950, cuando tenía dieciocho años, beber vino era un lujo. En Francia y en Italia, el vino en la comida era parte de la vida diaria, pero en Holanda era un símbolo de celebra-

ción. Cuando teníamos vino realizábamos un ritual especial: probar el vino y aprobarlo, alabarlo brevemente, servirlo en los vasos, sólo la mitad, y, lo más importante, levantarlos para brindar.

Nadie en nuestra familia bebería jamás de su vaso antes de que todos hubieran sido servidos y de que mi padre hubiera levantado su vaso, de que nos hubiera mirado a todos nosotros, de que hubiera dicho unas palabras cordiales y de que hubiera destacado que se trataba de una ocasión especial. Luego, tocaba el vaso de mi madre con el suyo y con los vasos de sus huéspedes y bebía un pequeño sorbo. Siempre se trataba de un momento importante y solemne, un momento sacralizado. Años más tarde, cuando el vino se convirtió en algo más común, cuando los vasos se llenaban casi hasta el borde y cuando la gente bebía sin levantar los vasos ni hacer un brindis, siempre sentí que faltaba algo; sí, sentía interiormente que algo se había perdido.

Levantar la copa es una invitación a afirmar y a celebrar la vida juntos. Cuando levantamos la copa de la vida y nos miramos a los ojos, decimos: «Evitemos vivir con ansiedad o llenos de miedos. Mantengamos levantada la copa juntos y saludémonos. No dudemos en reconocer la realidad de nuestras vidas y de animarnos mutuamente a ser agradecidos a los dones que hemos recibido».

Nos decimos en latín *Prosit*, «que te siente bien»; en alemán, *Zum Wohl*, «para tu bienestar»; en ho-

landés, *Op je gezondheid*, «a tu salud»; en inglés, *Cheers*; en francés, *A votre santé*, «a tu salud»; en italiano, *Alla tua salute*, «a tu salud»; en polaco, *Sto lat*, «cien años»; en ucraniano, *Na zdorvia*, «a tu salud»; en hebreo *L'chaim*, «por la vida».

La expresión que mejor sintetiza todos esos buenos deseos es «por la vida». Levantamos la copa por la vida, es decir, para afirmar la vida juntos y celebrarla como un don de Dios. Cuando todos nosotros podemos mantener con firmeza entre nuestras manos nuestra propia copa, con sus muchas penas y alegrías, proclamando que es nuestra única vida, entonces también podemos levantarla para que los demás la vean y animarlos a levantar a su vez sus vidas. Por eso, cuando levantamos nuestras copas en un gesto libre de todo miedo, proclamando que nos apoyaremos mutuamente en nuestro viaje común, creamos comunidad.

Nada es dulce o fácil cuando se trata de la comunidad. La comunidad es la asociación de personas que no esconden sus gozos o sus penas, sino que las hacen visibles unos a otros en un gesto de esperanza. Decimos en comunidad: «La vida está llena de ganancias y pérdidas, altos y bajos, pero no tenemos que vivir estos hechos en soledad. Queremos beber nuestra copa juntos y así celebrar la verdad de que las heridas de nuestras vidas individuales, que parecen intolerables cuando las vivimos en soledad, se convierten en fuentes de cu-

ración cuando las vivimos como parte de esa asociación de cuidados mutuos».

La comunidad es como un gran mosaico. Cada pequeña pieza parece insignificante. Una pieza es de un rojo brillante, otra de un azul pálido o de un verde apagado, otra de un morado cálido, otra de un amarillo fuerte, otra de un dorado brillante. Algunas parecen preciosas, otras ordinarias; algunas valiosas, otras vulgares; algunas llamativas, otras delicadas. Como piedras individuales podemos hacer poco con ellas, salvo compararlas entre sí y emitir un juicio sobre su valor y belleza. Pero cuando todas estas pequeñas piezas son reunidas armónica, sabiamente en un gran mosaico, componiendo con ellas la figura de Cristo, ¿quién se preguntará nunca la importancia de cada una de ellas? Si una de ellas, hasta la más pequeña, falta, la cara está incompleta. Juntas en un mosaico, cada piedra pequeña es indispensable y contribuye de una forma única, indispensable, a la gloria de Dios. Eso es la comunidad. La asociación de personas sin importancia que juntas hacen a Dios visible en el mundo.

Cada vez que hablamos o actuamos de forma que hacemos de nuestra vida una vida para los demás, nuestras vidas se elevan ante los otros. Cuando somos capaces de abrazar enteramente nuestras propias vidas, descubrimos que lo que anhelamos también lo proclamamos. Una vida bien llevada es, por tanto, una vida para los demás. Ya no nos preguntamos si nuestra vida es mejor o peor

que la de los demás, y empezamos a ver claramente que cuando vivimos nuestra vida para los demás, no solamente estamos buscando nuestra individualidad sino que también proclamamos nuestro sitio único en el mosaico de la familia humana.

A menudo tendemos a mantener nuestras vidas escondidas. La vergüenza y el sentido de culpabilidad nos impiden dejar que los otros sepan lo que vivimos. Pensamos: «Si mi familia y mis amigos conocieran las oscuras aspiraciones de mi corazón y mis extraños extravíos mentales, me arrojarían de su compañía». Pero la realidad es todo lo contrario. Si nos atrevemos a levantar nuestras copas y a dejar que nuestros compañeros vean lo que hay en ellas, ellos se animarán a levantar las suyas y a compartir con nosotros sus secretos celosa, ansiosamente escondidos. La mayor curación tiene lugar a menudo cuando dejamos de sentirnos aislados por nuestra vergüenza y nuestro sentido de culpabilidad, y descubrimos que otros, con mucha frecuencia, sienten lo que nosotros sentimos, piensan lo que pensamos y tienen los miedos, aprensiones y preocupaciones que nosotros tenemos.

Elevar nuestras copas significa compartir nuestra vida para celebrarla. Cuando nos convencemos de que estamos llamados a abrir nuestras vidas a nuestros amigos, nos atrevemos a arriesgarnos a que los demás conozcan lo que estamos viviendo.

Una pregunta importante: ¿Tenemos un círculo de amigos fieles, en el que nos sentimos suficien-

temente seguros como para dejar que se nos conozca íntimamente y que nos exija una madurez cada vez mayor? Lo mismo que levantamos nuestras copas con personas en las que confiamos y a las que amamos, de la misma forma elevamos la copa de nuestra vida en presencia y en beneficio de aquellos con los que no queremos tener secretos y con los que deseamos formar comunidad.

Cuando queremos beber nuestra copa y hacerlo hasta el fondo, necesitamos a otros que quieran beber la suya con nosotros.

Necesitamos una comunidad en la que la confesión y la celebración estén siempre presentes a la vez. Tenemos que desear dejar que los otros nos conozcan si queremos luego celebrar la vida con ellos. Cuando levantamos nuestra copa y decimos «por la vida», tenemos que estar hablando de vidas reales, no solamente de vidas difíciles, penosas, dolorosas, sino también de vidas tan llenas de gozo que la celebración se convierta en una respuesta espontánea.

## LA COPA DE BENDICIÓN

Elevar la copa es ofrecer una bendición. La copa del dolor y del gozo, cuando se eleva con y para los otros «por la vida», se convierte en copa de bendición.

Recuerdo muy pocas ocasiones en las que la copa del dolor o del gozo se haya convertido en copa de bendición. Hace unos pocos años, uno de los disminuidos de la comunidad de Daybreak tuvo que pasar unos meses en un hospital psiquiátrico cerca de Toronto para que le hicieran una evaluación psicológica. Se trata de Trevor. Trevor y yo nos habíamos hecho amigos con los años. Él me quería y yo le correspondía. Siempre que me veía llegar, corría hacia mí con una sonrisa radiante. A menudo iba al campo y cogía flores silvestres para ofrecérmelas. Siempre quería ayudarme en las celebraciones de la eucaristía y tenía una gran sensibilidad para todo lo relacionado con las ceremonias y los ritos.

Fui a visitarle mientras estuvo fuera de Daybreak. Llamé al capellán del hospital y le pregunté si podía visitar a mi amigo. Me respondió que sería bienvenido y me preguntó si me parecía bien invitar a co-

mer conmigo a unos cuantos ministros y sacerdotes de la zona, así como a algunos de los miembros del personal del hospital. Sin pensar demasiado las implicaciones que podía conllevar su petición, le respondí inmediatamente que sí, que me parecía bien.

Cuando llegué, a las once de la mañana, estaban esperándome un grupo de personas del clero y del personal del hospital, y me dieron una bienvenida calurosa. Miré a ver si encontraba entre ellos a Trevor, pero no estaba allí. Le dije al capellán:

—He venido a visitar a Trevor. ¿Podéis decirme dónde puedo encontrarle?

—Puedes estar con él después de la comida —me respondió.

—Pero ¿es que no le has invitado a comer? —insistí muy extrañado.

—No, no —me respondió—. Es imposible. El personal encargado del centro y los pacientes no pueden comer juntos. Además, hemos reservado el Salón Dorado para esta ocasión y jamás se ha permitido a un paciente entrar en esa sala. Es sólo para el personal del centro.

—Bueno —le dije—, sólo comeré con vosotros si lo hace Trevor también. Somos grandes amigos. He venido por él, y estoy seguro de que le encantará unirse a nosotros en la comida.

Me di cuenta de una serie de reacciones contrapuestas ante mis palabras, pero después de haberse consultado en voz baja, me dijeron que podía

llevar a Trevor conmigo al Salón Dorado. Encontré a mi amigo en los campos del hospital buscando flores. Cuando me vio, se le iluminó la cara, corrió hacia mí como si nunca nos hubiéramos separado, y me dijo:

—Henri, aquí tienes unas flores.

Juntos nos dirigimos al Salón Dorado. La mesa estaba adornada con un gusto exquisito y alrededor de veinticinco personas se habían reunido en torno a ella. Trevor y yo fuimos los últimos en sentarnos.

Después de la oración, Trevor se dirigió hacia una mesa auxiliar, donde había toda clase de bebidas: vino, bebidas sin alcohol y zumos.

—Henri, quiero una Coca-Cola —me dijo.

Se la serví, llené un vaso de vino para mí y volví a la mesa.

Los presentes apenas si hablaban. Muchos de los invitados eran extraños entre sí y estaban empezando a conocerse. La atmósfera general era de un silencio hasta un poco solemne. En seguida empecé a hablar con quien tenía a mi derecha y no presté demasiada atención a Trevor. Pero de repente, él se puso de pie, cogió su vaso de Coca-Cola, lo levantó y dijo en voz alta con una gran sonrisa:

—Señoras y señores... ¡un brindis!

Todos se callaron y se volvieron a mirar a Trevor con caras entre extrañadas y preocupadas. Podía leer sus pensamientos: ¿Qué se le ocurriría a aquel enfermo? Había que tener cuidado.

Pero Trevor no se preocupaba de nada de eso. Miró a todos y dijo:

—Levantad vuestros vasos.

Todos obedecieron. Y luego, como si fuera algo absolutamente evidente, empezó a cantar:

—Cuando eres feliz y lo sabes... levanta tu vaso...  
Cuando eres feliz y lo sabes... levanta tu vaso.  
Cuando eres feliz y lo sabes, cuando eres feliz y lo sabes, cuando eres feliz y lo sabes... levanta tu vaso.

A medida que cantaba, las caras de las personas empezaron a relajarse y a dibujar en ellas una sonrisa. En seguida unos pocos se unieron a Trevor en su canto, y muy pronto todos estaban de pie, cantando fuerte, dirigidos por Trevor.

Su brindis cambió radicalmente el ambiente del Salón Dorado. Había unido a todas aquellas personas, extrañas unas a otras, y les había hecho sentirse en su casa. Su maravillosa sonrisa y su gozo, exento de todo miedo, había derribado las barreras entre el personal encargado y los enfermos y había creado una familia feliz de personas que se preocupaban por las demás. Con esa única bendición atípica, Trevor había creado el clima para que el encuentro fuera agradable y fructífero. La copa del dolor y del gozo se habían convertido en copa de bendición.

Muchos se sienten malditos por Dios por la enfermedad, las pérdidas, las disminuciones y los infortunios. Creen que su copa no contiene bendición

alguna. Es la copa de la ira de Dios, la copa de Jeremías cuando dice:

El Señor, Dios de Israel me dijo: «Toma de mi mano esta copa de vino llena de ira y dásela a beber a todas las naciones a las que yo te envíe, para que beban, se tambaleen y deliren ante la espada que yo voy a mandar contra ellas». Les dirás: Así dice el Señor Todopoderoso, Dios de Israel: ¡Bebed, emborrachaos, vomitad, caed para no levantaros más bajo la espada que yo voy a enviar contra vosotros. Y si se niegan a tomar de tu mano la copa y a beber, les dirás: Así dice el Señor todopoderoso: ¡Os aseguro que la beberéis! Porque si comienzo a castigar a la ciudad en la que se invoca mi nombre, ¿cómo vais a quedar vosotros impunes? No quedaréis sin castigo porque traeré la espada contra todos los habitantes de la tierra, oráculo del Señor todopoderoso (Jr 25,15-16, 27-29).

Ésta no es la copa que hay que levantar «por la vida», porque sólo contiene miserias. No es sorprendente que nadie quiera acercarse al dios vengativo que nos pinta Jeremías. Ahí no encontramos bendición alguna. Pero cuando Jesús coge en sus manos la copa la víspera de su muerte, no es la copa de la ira, sino la de bendición. Es la copa de la nueva y eterna alianza, la copa que nos une con Dios y unos a otros en una comunidad de amor. Pablo escribe a los Corintios: «Os hablo como a personas prudentes capaces de valorar lo que os digo. El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no nos hace entrar en comunión con la sangre de Cris-



to, y el pan que partimos, no nos hace entrar en comunión con el cuerpo de Cristo? (1 Cor 10,15-16).

El inmenso sufrimiento de la humanidad puede ser entendido fácilmente como signo de la ira de Dios, como un castigo. A menudo fue entendido de esta manera, y aún lo es. Dice el salmista: «El Señor tiene en la mano una copa, un vaso de vino drogado, que los malvados de la tierra beben y apuran hasta el fondo» (Salmo 75,8). Y nosotros, mirando con horror los males que azotan a nuestro mundo, decimos: «¿Cómo puede existir un Dios amor cuando pasa todo esto? ¡Debe ser un Dios cruel, rencoroso, ya que consiente que los seres humanos sufran tanto!».

Sin embargo, Jesús cargó sobre sí mismo todo este sufrimiento y lo elevó en la cruz, no como una maldición sino como una bendición. Jesús hizo de la copa de la ira de Dios la copa de la bendición. Ése es el misterio de la eucaristía. Jesús murió por nosotros para que nosotros pudiéramos vivir. Derramó su sangre por nosotros para que encontráramos una vida nueva. Por nosotros se hizo un proscrito para que pudiéramos vivir en comunidad. Se hizo por nosotros alimento y bebida para que pudiéramos alimentarnos para la vida eterna. Eso es lo que Jesús quiso decir cuando cogió la copa y dijo: «Ésta es la copa de la nueva alianza sellada con mi sangre, que se derramó por vosotros» (Lc 22,30). La eucaristía es ese sagrado misterio por

el que lo que vivimos en un momento dado como una maldición, lo podemos vivir después como una bendición. A partir de ella, nuestro sufrimiento no puede ser ya un castigo. Jesús lo transformó en camino hacia una vida nueva. Su sangre, y también la nuestra, puede convertirse ahora en sangre de mártires, sangre que testimonia una nueva alianza, una nueva comunión, una nueva comunidad.

Cuando levantamos la copa de nuestra vida y compartimos con los demás nuestros gozos y sufrimientos en mutua vulnerabilidad, puede hacerse visible entre nosotros la nueva alianza. La gran sorpresa reside en el hecho de que quien nos revela normalmente que nuestra copa es una copa de bendición es el más pequeño entre nosotros.

Trevor hizo lo que ningún otro consiguió. Transformó un grupo de extraños en una comunidad de amor por su sencilla e inconsciente bendición. Él, un hombre irrelevante, se convirtió en un Cristo viviente entre nosotros. La copa de la bendición es la copa que los sencillos tienen que ofrecernos.

Levantamos las copas de nuestras vidas para comunicarnos vida mutuamente.

En la comunidad de Daybreak, la celebración festiva es una parte esencial de nuestra vida en común. Celebramos los cumpleaños y los aniversarios, celebramos a los que llegan y a los que se van, el nacimiento y la muerte, los compromisos contraídos y los renovados.

En nuestra comunidad hay muchas pequeñas fiestas. Son ocasiones normalmente felices durante las cuales comemos y bebemos, cantamos y bailamos, pronunciamos discursos, hablamos y nos reímos mucho. Pero una celebración es algo más que simplemente una fiesta. Es una ocasión para animarnos mutuamente, tanto si estamos en un buen momento como si no, y profundizar nuestros vínculos como comunidad. Celebrar la vida es levantarla, hacerla visible a los demás, afirmarla en su concreción real y dar gracias por ella.

Una celebración absolutamente conmovedora fue la que tuvo lugar con ocasión de la presentación del *Life Story Book* de Bill. Este tipo de libros es una colección de fotografías, historias y cartas,

secuenciadas a modo de biografía. Cuando a los dieciséis años Bill llegó a Daybreak se trajo consigo muy pocos recuerdos. Había vivido una infancia muy problemática y apenas alguna experiencia válida de amor y amistad. Su pasado había sido tan negativo, tan doloroso y tan solitario que se había decidido por olvidarlo. Era un hombre sin historia.

Pero después de veinticinco años en Daybreak se había convertido gradualmente en una persona diferente. Había hecho amigos. Había desarrollado una estrecha relación con una familia a la que visitaba los fines de semana y los días de fiesta, se había hecho socio de un club de jugadores de boliche, había aprendido a trabajar la madera y viajaba conmigo a sitios lejanos, a ciudades populosas. A lo largo de los años, había creado una vida que valía la pena recordar. Incluso encontró la libertad y el coraje que le hicieron capaz de volver a evocar algunas experiencias dolorosas de su niñez y a sus padres muertos como a personas que le habían dado la vida y el amor, a pesar de sus limitaciones.

Ahora ya tenía bastante material para su *Life Story Book*, aunque una bella historia llena de sufrimientos. Muchos amigos le habían escrito cartas contándole las cosas que recordaban de él. Otros le habían enviado fotografías o recortes de periódicos en los que se hablaba de acontecimientos en los que él había participado, y otros le habían dedicado dibujos que expresaban lo mucho que le querían. Después de seis meses de trabajo, el libro

estaba listo y llegó el momento de celebrar, no sólo el nuevo libro, sino la vida de Bill, simbolizada por el libro.

Se reunieron muchas personas para la ocasión en la capilla de Dayspring. Bill trajo el libro y lo levantó para que todos lo vieran. Era una gran carpeta de anillas, encuadernada con tapas a todo color, con muchas páginas decoradas artísticamente. Aunque era el libro de Bill, también materializaba el trabajo de muchas otras personas.

Luego pronunciamos una bendición sobre el libro y sobre Bill, que lo mantenía en sus manos, firmemente levantado. Pedí a Dios que este libro le ayudara a Bill a conseguir que muchas personas conocieran al hombre extraordinario que es y la vida preciosa que llevaba en estos momentos. También pedí a Dios que ayudara a Bill a recordar los momentos de su vida, sus gozos y sus penas, con un corazón agradecido.

Mientras yo rezaba, las lágrimas empezaron a surcar las mejillas de Bill. Cuando terminé, me abrazó y se echó a llorar. Sus lágrimas caían sobre mi hombro mientras todos los que formaban el círculo nos miraban con una profunda comprensión de lo que estaba sucediendo. La vida de Bill había sido elevada para ser vista por todos, y él había sido capaz de decir que era una vida por la que valía la pena dar gracias.

Ahora Bill lleva su *Life Story Book* en sus viajes. Lo enseña a la gente como un hombre que cree

que su vida no es algo de lo que tenga que avergonzarse. Al contrario, es un don para los demás.

La copa del dolor y del gozo, levantada para que los demás la vean y la celebren, se convierte en copa de vida. Nos resulta muy sencillo vivir unas vidas truncadas por las cosas duras que nos han sucedido en nuestro pasado y que preferimos no recordar. A menudo las preocupaciones de nuestro pasado nos parecen demasiado pesadas para soportarlas en solitario. La vergüenza y el sentido de culpabilidad nos hacen ocultar parte de nosotros mismos, y de esa forma vivimos a medias.

Pero necesitamos vivir nuestra vida en comunidad y vivirla completa, en plenitud. Necesitamos vivirla más allá de nuestro sentido de culpabilidad y de nuestra vergüenza, y dar gracias no sólo por nuestros éxitos y logros, sino también por nuestros fallos y nuestros defectos. Necesitamos que nuestras lágrimas fluyan libremente, lágrimas de pena o de gozo, lágrimas que son como la lluvia que cae sobre la tierra reseca. Si levantamos así nuestra vida en comunidad, todos juntos, podemos decir realmente «por la vida», porque todo lo que hemos vivido se convierte en tierra fértil de cara al futuro.

Pero elevar nuestra copa por la vida es mucho más que decir cosas buenas los unos de los otros. Es mucho más que ofrecerse buenos deseos. Significa que tomamos todo lo que hemos vivido desde siempre y lo traemos al momento presente como re-

galo para los demás, un regalo que hay que celebrar.

En la mayoría de los casos, solemos repasar nuestras vidas y decimos: «Agradezco las cosas buenas que me han traído hasta aquí». Pero cuando levantamos nuestra copa por la vida, debemos atrevernos a decir: «Doy gracias por todo lo que me ha pasado y lo que me ha traído a este momento». Esta gratitud que abarca todo nuestro pasado es lo que hace de nuestra vida un auténtico regalo para los otros, porque borra la amargura, los resentimientos, los pesares y el revanchismo, la envidia y la rivalidad. Transforma nuestro pasado en un don fructífero de cara al futuro, y hace de nuestra vida, de toda ella, algo que transmite vida.

El enorme individualismo de nuestra sociedad, en la que se insiste tanto en el «hacerse a sí mismo», nos impide levantar nuestras vidas hacia los demás. Pero cada vez que nos atrevemos a dar un paso para vencer nuestro miedo a ser vulnerables y a elevar nuestra copa, nuestras vidas y las de otras personas florecerán de forma absolutamente inesperada.

Luego, nosotros también encontraremos la fuerza para beber nuestra copa y beberla hasta el fondo.

III

BEBER LA COPA

## BEBER

La copa que debemos beber es la copa que tomamos en nuestras manos y que levantamos.

Tengo unos recuerdos muy vivos de mis primeros años en la Universidad de Nimega, en Holanda. Acababa de ser ordenado sacerdote y el cardenal Alfrink me había enviado a la universidad católica para que me licenciara en psicología. Pero antes de empezar el curso escolar, tuve que someterme a un largo proceso de selección para ser aceptado en el mundo estudiantil y convertirme en miembro de una comunidad. ¡Beber cerveza era uno de los medios para conseguirlo! Yo no estaba acostumbrado a beber tanta cerveza y lo pasé mal haciendo patente que no tenía experiencia alguna en ese terreno. Pero una vez que fui finalmente admitido en el mundo estudiantil, y después de haber hecho algunos amigos en el grupo, «beber juntos» se convirtió en una expresión de compartir la amistad, la atención personal al otro, la conversación distendida, amigable y la profundización del compañerismo. «¡Vamos a beber una cerveza!». «¿Te tomas un café conmigo?». «¡Tomemos un té juntos!». «Te invito a una Heineken». «¿Qué, tomamos otro vaso de

vino?». «Venga, no seas tímido, déjame que te sirva otro... te lo mereces». Estas y otras expresiones semejantes creaban una atmósfera de compañerismo y de convivencia.

En cualquier país o en cualquier cultura en que nos encontremos, beber juntos es un signo de amistad, de intimidad y de paz. Tener sed no es muchas veces la razón principal para beber. Bebemos para «romper el hielo», para entablar una conversación, para demostrar las buenas intenciones, para expresar la amistad y la buena voluntad, para preparar el escenario de un momento romántico, para ser abierto, vulnerable, accesible. No es extraño que las personas que están enfadadas con nosotros o que nos acusan de que les fastidiamos, no acepten una invitación nuestra para beber con nosotros. Más bien dicen: «Voy directamente al asunto que me ha traído aquí». Rechazar una invitación a beber es evitar un cierto grado de intimidad.

En el peor de los casos, beber juntos es decir: «Tenemos suficiente confianza mutua como para no envenenarnos el uno al otro». Y en el mejor, es decir: «Quiero estar más cerca de ti y celebrar la vida contigo». Así se rompen las barreras que nos separan y ese hecho nos invita a reconocer y a compartir la humanidad. Por eso, beber juntos puede convertirse en un hecho espiritual, en afirmar nuestra unidad como hijos del mismo Dios.

El mundo está lleno de lugares destinados a beber: bares, pubs, salones de té y de café. Incluso

cuando salimos a comer fuera, la primera pregunta del camarero es siempre: «¿Algo para beber?». Es también la primera pregunta que hacemos a nuestros huéspedes en cuanto entran en nuestra casa.

Parece que en la mayoría de las ocasiones en que bebemos, lo hacemos en un contexto en el que nos sentimos en casa con nosotros mismos, al menos durante algunos momentos, y a salvo con los demás. Beber una taza de café para interrumpir el trabajo un momento, hacer un alto en nuestras ocupaciones de la tarde para tomar un té, un vino antes de comer, tomar una copa antes de ir a la cama, todos estos momentos nos sirven para decirnos a nosotros mismos o a los demás: «Es bueno estar vivo ante todo lo que sucede alrededor, y quiero recordármelo a mí mismo».

Beber la copa de la vida nos hace dueños de lo que estamos viviendo. Es decir: «Ésta es la vida», pero también: «Quiero que ésta sea mi vida». Beber la copa de la vida es hacer nuestra e interiorizar plenamente nuestra existencia única, con todas sus penas y sus gozos.

No es fácil hacerlo. Podemos sentirnos durante mucho tiempo incapaces de aceptar nuestra propia vida. Podemos estar luchando por conseguir una vida mejor, o al menos, diferente. A menudo se elevan en nosotros profundas protestas contra nuestro destino. No hemos elegido nuestro país, a nuestros padres, el color de nuestra piel, nuestra orientación sexual. Tampoco hemos escogido nuestro carácter,

nuestra inteligencia, nuestra apariencia física o ciertos modos extraños de comportamiento. A veces queremos hacer todo lo posible para cambiar las circunstancias de nuestras vidas. Nos gustaría estar en otro cuerpo, haber vivido en otro tiempo o tener otra manera de pensar. Puede surgir un grito de protesta del fondo de nuestro ser: «¿Por qué tengo que ser esta persona? No he pedido serlo y no quiero serlo».

Pero a medida que nos acostumbramos tranquilamente a nuestra propia realidad, a mirar con compasión nuestros dolores y alegrías, y a medida que somos capaces de descubrir el potencial único de nuestra manera de ser y de estar en el mundo, podemos ir más allá de nuestra protesta, podemos acercar a nuestros labios la copa de nuestra vida y beberla, despacio, con cuidado, pero hasta el fondo.

A menudo, cuando queremos consolar a las personas, les decimos: «Bien, es triste que te haya pasado esto pero intenta sacar el mejor partido de ello». Pero «sacar el mejor partido de ello» no es lo mismo que beber la copa. Beber nuestra copa no es simplemente adaptarnos a las malas situaciones e intentar servirnos de ellas lo mejor posible. Beber nuestra copa es una manera de vivir con esperanza, con coraje y con confianza en nosotros mismos. Es estar en el mundo con la cabeza levantada, sólidamente asentados en el conocimiento de quiénes somos, es enfrentarnos a la realidad que nos rodea

y responder a ella desde el fondo de nuestros corazones.

Las grandes figuras de la historia miraron profundamente al interior de sus copas y bebieron sin miedo. Ya fueran famosos o no, sabían que la vida que se les había dado había sido para que la vivieran en plenitud, en presencia de Dios y del pueblo de Dios, y así producir fruto. Se sentían, con sus circunstancias reales, en la obligación de hacer de sus vidas algo fructífero. Jesús, el hijo del carpintero de Nazaret —«¿De Nazaret puede salir algo bueno?», preguntaba la gente (Jn 1,46)—, bebió su copa hasta las heces. Todos sus discípulos lo hicieron también, de una forma diferente a como pudieran haberlo hecho.

La grandeza espiritual no tiene nada que ver con ser mayor que los demás. Tiene mucho que ver con llegar al nivel al que cada uno de nosotros tiene que llegar. La verdadera santidad es precisamente beber tu propia copa y confiar que así, asimilándote plenamente a tu propio caminar por la tierra, que es irremplazable, puedes llegar a ser una fuente de esperanza para muchos. Vincent van Gogh, en medio de sus miserias y lacras interiores, creyó sin titubeo alguno en su vocación por la pintura, y llegó todo lo lejos que pudo con el aparentemente pequeño bagaje humano que tenía. Algo parecido sucedió también en el caso de Francisco de Asís, de Dorothy Day, de New York, y de Óscar Romero, de



El Salvador. Personajes insignificantes, pero grandes a la hora de beber sus copas totalmente.

¿Cómo podemos nosotros, en medio de nuestras vidas diarias, beber nuestra copa, la copa del dolor y la del gozo? ¿Cómo podemos asimilarnos totalmente con lo que se nos ha dado? De alguna manera sabemos que cuando no bebemos nuestra copa y así evitamos tanto el dolor como el gozo de vivir, nuestras vidas se convierten en algo inauténtico, falso, superficial, aburrido. Nos convertimos en muñecos movidos arriba y abajo, a izquierda y derecha por los titiriteros de este mundo. Nos convertimos en objetos, víctimas de los intereses y deseos de otras personas. Pero no tenemos que ser víctimas. Podemos elegir beber la copa de nuestra vida con la profunda convicción de que, bebiéndola, conseguiremos nuestra auténtica libertad. Así descubriremos que la copa del dolor y del gozo que estamos bebiendo, es la copa de la salvación.

Gordie Henry, que tiene el síndrome de Down, es uno de los miembros fundacionales de la comunidad de Daybreak. Una vez me dijo:

—Lo bueno de nuestra vida es que hacemos muchos amigos. Y lo duro en ella es que muchos de esos amigos abandonan la comunidad.

Con esa sencilla observación, Gordie tocaba el punto exacto en el que el gozo y el dolor se entrelazan. Al haber sido durante mucho tiempo miembro de Daybreak, Gordie ha conocido a muchos asistentes, que han compartido con él su vida. Han venido de distintos países, a veces para un verano, otras para un año, a veces para muchos años. Todos han querido mucho a Gordie, y Gordie acaba por quererlos a ellos. Se crean profundas afinidades, lazos muy fuertes y una auténtica amistad.

Pero antes o después, los asistentes deben marcharse. Algunos se casan, otros vuelven a sus estudios, algunos pierden sus permisos de trabajo, en ciertos casos buscan una nueva orientación para sus vidas o descubren que la comunidad no es para ellos. Gordie, sin embargo, se quedaba y sentía el gran dolor de tantas separaciones.

Un día, Jean Vanier, el fundador de El Arca, vino a visitar Daybreak. Reunió a toda la comunidad y dijo:

—¿Qué preguntas deseáis hacerme?

Thelus, uno de los miembros primeros, que había vivido en Daybreak tanto tiempo como Gordie, levantó la mano y dijo:

—¿Por qué las personas se van continuamente?

Vanier comprendió que la pregunta no se la planteaba sólo Thelus, sino también Gordie y todos los miembros que llevaban un largo período de tiempo en Daybreak.

Se acercó a ella amablemente y le dijo:

—¿Sabes, Thelus, que ésa es la pregunta más importante que puedes hacer? Porque tú y muchos otros quieren hacer de Daybreak su hogar, el lugar donde sentirse amados y protegidos. ¿Qué significa entonces que tan a menudo personas a las que quieres y que te quieren dejen tu hogar, a veces por el bien de todos? ¿Por qué te ves obligada a sentir el dolor de tantas partidas? ¿Podría parecer que las personas no te quieren! Porque si te quieren, ¿por qué te dejan?

Mientras hablaba, todos lo escuchaban con mucha atención. Se daban cuenta de que aquel hombre comprendía realmente su pena y se preocupaba sinceramente de ellos. Querían escuchar lo que tenía que decirles. Con gran amabilidad y compasión, Jean miró a todos los que escuchaban y dijo:

—Sabéis, vuestro gozo y vuestra pena os ofrecen el privilegio de encomendaros una misión. Los que vienen a vivir con vosotros, de los que recibisteis mucho y a los que disteis mucho, no os abandonan. Los enviáis de vuelta a sus colegios, a sus hogares y a sus familias, para que lleven a esos sitios algo del amor que han vivido con vosotros. Es duro, es penoso dejarlos marchar. Pero cuando os deis cuenta de que eso es una misión, seréis capaces de enviar a vuestros amigos a continuar su viaje sin perder el gozo que os han traído a vosotros.

Estas sencillas palabras calaron profundamente en nuestros corazones porque nos hicieron ver de un modo diferente lo que hasta ahora veíamos como una ruptura dolorosa. La copa del gozo y de la alegría se había convertido en copa de salvación.

Sólo es posible beber la copa del dolor y del gozo cuando nos trae la salud, la fuerza, la libertad, la esperanza, el coraje, una vida nueva. Nadie beberá la copa de la vida cuando nos pone enfermos y hace que nos sintamos miserables. Sólo podemos beberla cuando es la copa de la salvación.

Esto está expresado bellamente en el salmo 116:

El Señor es benigno y justo,  
nuestro Dios es todo ternura...  
Yo seguía confiando, aunque dijera:  
«¡Qué desgraciado soy!».  
En mi aflicción decía:  
«No se puede confiar en nadie».

¿Cómo pagaré al Señor  
todo el bien que me ha hecho?  
Levantaré la copa de la salvación  
invocando su nombre.

(Sal 116,5.10-13)

Aquí el beber la copa pierde su categoría de misterio. La llegada y la marcha de los amigos, las experiencias del amor y de la traición, del cuidado y de la indiferencia, de la generosidad y de la tacañería, pueden convertirse en el camino de la verdadera salvación humana. Sí, las personas que nos aman también nos desilusionan; algunos momentos de gran satisfacción también nos revelan necesidades insatisfechas; estar en el hogar también nos muestra nuestra condición de personas sin hogar. Pero todas estas tensiones pueden crear en nosotros ese profundo anhelo de plena libertad que está más allá de todas las estructuras de nuestro mundo.

Está claro que hay una misión que emerge de una vida que nunca es puro dolor o puro gozo, una misión que nos hace movernos más allá de nuestras limitaciones humanas y alcanzar la libertad total, la redención completa, la salvación última.

Jesús bebió la copa de su vida. Experimentó la alabanza, la adulación, la admiración y una inmensa popularidad. También el rechazo, el ridículo y el odio de las masas. En un momento dado, la gente gritó: «Hosanna»; al cabo de unos días, aquel grito

se cambió por «¡Crucificalo!». Jesús aceptó todo eso, no como un héroe primero adorado y después vilipendiado, sino como quien ha venido a cumplir una misión, y supo centrarse en esa su misión, fueran cuales fueran las respuestas de los demás. Jesús asimiló interiormente en toda su profundidad y como parte de su misión, el hecho de tener que beber la copa de su vida para cumplir el trabajo que su Abba, su Padre querido, le había encomendado. Sabía que beber la copa de su vida le traería la libertad, la gloria y la plenitud. Sabía que beber la copa le conduciría más allá de la trampa de este mundo para completar la liberación, de la agonía de la muerte al esplendor de la resurrección. Este conocimiento tenía poco que ver con la comprensión o el conocimiento intelectual. Era un conocimiento de un corazón cultivado en el jardín del amor eterno.

Por tanto, la copa que quería beber Jesús y que bebió hasta vaciarla por completo se convirtió en la copa de la salvación.

En el huerto de Getsemaní, el huerto del miedo, el corazón de Jesús gritó con el salmista: «No se puede confiar en el hombre... Beberé la copa de la salvación e invocaré el nombre del Señor». Beber la copa de la salvación significa vaciar la copa del dolor y del gozo para que Dios pueda llenarla de vida pura.

La «salvación» habla de ser salvado. Pero ¿de qué necesitamos ser salvados? La respuesta tradi-

cional, y la buena, es del pecado y de la muerte. Estamos cogidos en la trampa del pecado y de la muerte como en una trampa de cazador.

Cuando pensamos un momento en las distintas adicciones —alcohol, droga, comida, juego, sexo— nos hacemos una idea de esa trampa.

Además, ahí están siempre presentes nuestras infinitas compulsiones. Podemos sentirnos impulsados a actuar, a hablar e incluso a pensar de una manera o de otra sin ser capaces de escoger otro camino. Cuando las personas dicen: «Antes de salir de la habitación, limpia el aire que has respirado, porque si no le va a dar un ataque de nervios», o «haga lo que haga, ella siempre se lava antes las manos», sabemos que estamos tratando con gente compulsiva.

Además, todos tenemos nuestras obsesiones. Una idea, un plan, una afición pueden obcecarnos hasta tal punto que nos convertimos en sus esclavos.

Estas adicciones, compulsiones y obsesiones revelan nuestras propias trampas. Nos hacen ver nuestra condición de pecadores, porque nos arrebatan nuestra preciosa libertad como hijos de Dios y por tanto nos esclavizan a un mundo estrecho y encogido. El pecado nos hace crear nuestras propias vidas, de acuerdo con nuestros deseos, ignorando la copa que se nos ha dado. El pecado nos hace autoindulgentes. San Pablo dice: «Pero si os dejáis llevar por el Espíritu, no estáis bajo el dominio

de la ley». En cuanto a las consecuencias de esos desordenados apetitos, son bien conocidas: fornicación, impureza, desenfreno, idolatría, hechicería, enemistades, discordias, rivalidad, ira, egoísmo, disensiones, cismas, envidias, borracheras, orgías y cosas semejantes. Los que hacen tales cosas, os lo repito ahora, como os lo dije antes, no heredarán el reino de Dios» (Gal 5,18-21).

La muerte también nos apresa en su trampa. Nos rodea por todas partes: la amenaza de muerte nuclear, los conflictos nacionales y étnicos; la muerte resultante del hambre y el abandono; la muerte por aborto o eutanasia, y la muerte que nos llega por innumerables enfermedades que azotan a la humanidad, especialmente el sida y el cáncer. Más tarde o más temprano nos haremos conscientes del hecho fatal de nuestra propia muerte. En cualquier dirección que tomemos se hace presente la muerte, no abandonándonos jamás. No pasa ni un solo día en el que no nos preocupemos por la salud de algún miembro de la familia, de un amigo o por la nuestra. No pasa un solo día en que dejemos de recordar las trampas, los lazos de la muerte.

El pecado y la muerte nos hacen caer en su trampa. Beber la copa, como hizo Jesús, es la forma de evitar la trampa. Es el camino de nuestra salvación. Es un camino difícil, doloroso, un camino que queremos evitar a toda costa. A menudo, incluso, parece un camino imposible. Es cierto que, en el caso de que no queramos beber nuestra copa, la libertad

nos rehuirá. No se trata de la libertad que nace después de haber vaciado completamente nuestra copa —esto es, después de nuestra muerte—. No, saboreamos esta libertad cada vez que bebemos la copa de nuestra vida, en mayor o menor cantidad.

La salvación no se nos reserva sólo para después de la muerte. Es una realidad diaria, que podemos gustar aquí y ahora. Cuando me siento con Adam y le ayudo a comer, cuando hablo con Bill sobre nuestro próximo viaje, cuando tomo un café con Susanne y el desayuno con David, cuando abrazo a Michael, cuando beso a Patsy o rezo con Gordie, la salvación se hace siempre presente. Y cuando nos sentamos juntos alrededor de la mesa del altar y ofrezco a todos los presentes la copa llena de vino, puedo anunciar con toda certeza: «Ésta es la copa de la salvación».

Se nos plantea una pregunta: ¿Cómo bebemos la copa de la salvación?

Debemos beberla lentamente, saboreando cada sorbo, hasta el fondo. Vivir una vida completa es beber nuestra copa hasta que se quede vacía, confiando en que Dios la llenará con la vida eterna.

Es importante, sin embargo, ser muy concretos, tener nuestra mente muy clara cuando nos enfrentamos a la pregunta: «¿Cómo bebemos nuestra copa?». Necesitamos de ciertas disciplinas bien concretas que nos ayuden a asimilar y a interiorizar nuestros gozos y nuestras penas, y a encontrar en ellos nuestro único camino de libertad espiritual. Me gustaría estudiar cómo tres disciplinas, la del silencio, la de la palabra y la de la acción, pueden ayudarnos a beber nuestra copa de la salvación.

La primera forma de beber nuestra copa es en el silencio.

*Puede parecernos una sorpresa porque estar silencioso parece que es no hacer nada. Pero es precisamente en el silencio cuando nos enfrentamos a nuestro verdadero ser. A menudo las penas de nuestras vidas nos abruman de tal forma que ha-*

emos cualquier cosa para no enfrentarnos a ellas. La radio, la televisión, los periódicos, los libros, las películas y también el trabajo intenso y una vida social muy llena, todas esas realidades pueden ser formas de escaparnos de nosotros mismos y hacer de la vida un largo entretenimiento.

Aquí es importante la palabra *entretenimiento*. Significa literalmente «coger a alguien» («teni» del latín *tenere*, dentro —«entre»—) de algo. Entretenimiento es todo lo que capta nuestra mente y se la lleva fuera de las cosas que son difíciles de afrontar. El entretenimiento nos mantiene distraídos, animados o en suspenso. Nos regala una tarde o un día libre de nuestras preocupaciones y miedos. Pero cuando empezamos a vivir la vida como un entretenimiento perdemos contacto con nuestras almas y nos convertimos en simples espectadores en un espectáculo que dura toda la vida. Incluso cualquier trabajo valioso, importante, puede convertirse en una forma de olvidar lo que somos realmente. No debe sorprendernos que para muchas personas la jubilación constituya una perspectiva aterradora. ¿Qué somos cuando no hay nada que nos mantenga ocupados?

El silencio es la disciplina que nos ayuda a sobrepasar la categoría de entretenimiento de nuestras vidas. En ese silencio es donde podemos hacer que emerjan nuestras penas y gozos de los lugares en los que se ocultan y donde podemos mirarnos a la cara diciendo: «No tengas miedo, puedes mirar

tu propio caminar en la vida, sus lados brillantes y oscuros, y descubrir tu forma de ser libre». Podemos encontrar el silencio en la naturaleza, en nuestra propia casa, en una iglesia o en un lugar de meditación. Pero donde quiera que lo encontremos, debemos mimarlo. Porque sólo en el silencio podemos conocer en profundidad quiénes somos y poco a poco mirarnos a nosotros mismos como dones de Dios.

Al principio el silencio puede asustarnos. En el silencio oímos las voces de las tinieblas: nuestros celos y nuestra rabia, nuestro resentimiento y nuestros deseos de venganza, nuestra lascivia y nuestra avaricia, nuestro dolor por las pérdidas, abusos o rechazos. Estas voces son a menudo ruidosas y persistentes. Todas esas realidades miserables pueden llegar a ensordecernos. Nuestra reacción más espontánea es salir corriendo y volver a nuestro entretenimiento.

Pero si mantenemos la disciplina de permanecer y de no consentir que esas voces nos intimiden, perderán gradualmente su fuerza y pasarán a un segundo plano, dejando un espacio para las voces más suaves, más agradables, de la luz.

Estas voces hablan de paz, bondad, suavidad, gozo, esperanza, bien, perdón, y, sobre todo, de amor. Al principio pueden parecer tenues, insignificantes, y podemos pasarlo muy mal confiándonos a ellas. Sin embargo, son muy insistentes y se harán más fuertes si seguimos escuchándolas. Nos vienen

desde lo más hondo de nosotros mismos y de muy lejos. Nos han estado hablando desde antes de nuestro nacimiento y nos revelan que no hay oscuridad en el que nos envió al mundo: sólo hay luz. Son parte de las voces de Dios, que nos llamó desde toda la eternidad: «Mi hijo querido, mi favorito, mi gozo».

Los enormes poderes de nuestro mundo siguen pretendiendo ahogar esas voces suaves. Pero siguen siendo las voces de la verdad. Son como las que escuchó el profeta Elías en el monte Horeb. Allí Dios le habló no con la voz de un huracán, un terremoto o un incendio, sino como en un murmullo (1 Reyes 19,11-13). Este sonido nos quita todos nuestros miedos y nos hace darnos cuenta de que podemos enfrentarnos a la realidad, sobre todo a nuestra propia realidad. Estar en silencio es la primera forma de aprender a beber nuestra copa.

La segunda forma para poder beber nuestra copa es con la ayuda de la palabra. No es suficiente reivindicar nuestra pena y nuestro gozo en silencio. Debemos reivindicarlos en un círculo de amigos en los que confiamos. Para hacerlo así, necesitamos hablar sobre lo que es nuestra copa. Mientras vivamos nuestra verdad más profunda en secreto, aislados de la comunidad de amor, su carga será demasiado pesada para poder soportarla. El miedo a que nos conozcan puede causar una contradic-

ción entre lo que sentimos y lo que manifestamos en público y ello nos hace sentirnos despreciables, aunque por otro lado seamos aclamados y alabados por muchos.

Para conocernos verdaderamente a nosotros mismos y conocer realmente nuestra unicidad en el camino de la vida, necesitamos ser conocidos y admitidos por los demás en lo que realmente somos. No podemos vivir una vida espiritual en secreto. No podemos encontrar nuestro camino hacia la verdadera libertad en el aislamiento. El silencio, si no va acompañado de la palabra posteriormente, es tan peligroso como la soledad sin comunidad. Ambas realidades tienen que ir unidas.

Hablar de nuestra copa y de lo que ella contiene no es fácil. Exige una auténtica disciplina porque, lo mismo que queremos huir del silencio para evitar la confrontación con nosotros mismos, queremos huir de hablar sobre nuestra vida interior para evitar la confrontación con los demás.

No estoy sugiriendo que cualquier persona a la que conozcamos o con la que nos encontremos deba enterarse de lo que hay en nuestra copa. Al contrario, sería una falta de tacto, algo imprudente e incluso peligroso exponer nuestro interior más íntimo a personas que no pueden ofrecernos seguridad y confianza. Eso no crea comunidad; solamente causa intranquilidad mutua y profundiza nuestra vergüenza y nuestro sentido de culpabilidad. Pero sí afirmo que necesitamos amigos que nos quieran,

que se preocupen por nosotros, que nos cuiden, con los que podamos hablar con el corazón en la mano. Tales amigos pueden curarnos de la parálisis que genera el secretismo. Pueden ofrecernos un lugar sagrado y seguro, en el que podamos expresar nuestras penas más profundas y nuestros gozos, y pueden servirnos de contraste teniendo siempre el amor como telón de fondo, empujándonos a una mayor madurez espiritual. Podemos objetar lo siguiente: «No tengo esos amigos en los que confiar, y no sé cómo encontrarlos». Esta objeción surge de nuestro miedo a beber la copa que Jesús nos pide que bebamos.

Cuando nos comprometamos plenamente con la aventura espiritual de beber nuestra copa hasta el fondo, descubriremos pronto que los que están haciendo el mismo camino que nosotros nos ofrecerán su apoyo, su amistad y su amor. Ésta ha sido mi experiencia más sagrada: que Dios envía amigos admirables a los que hacen de Él su única preocupación. Ésa es la misteriosa paradoja de la que habla Jesús cuando dice que cuando abandonamos a los que viven a nuestro lado, por Él y por amor al Evangelio, recibiremos cien veces más de apoyo humano (ver Mc 10,29-30).

Cuando nos atrevamos a hablar desde las profundidades de nuestro corazón a los amigos que Dios nos ha dado, iremos encontrando gradualmente una nueva libertad dentro de nosotros y coraje renovado para vivir nuestros propios dolores y

gozos en plenitud. Cuando realmente creemos que no tenemos nada que ocultar a Dios, necesitamos a personas a nuestro alrededor que lo representen ante nosotros y a las que podamos revelar nuestra interioridad con confianza completa.

Nada nos dará tanta fuerza como ser completamente conocidos y totalmente amados por nuestros hermanos en nombre de Dios. Eso nos dará el coraje para beber nuestra copa hasta el fondo, sabiendo que es la copa de nuestra salvación. Eso nos permitirá, no solamente vivir bien, sino también morir bien. Cuando estamos rodeados por amigos queridos, la muerte se convierte en la puerta para entrar en la plena comunión de los santos.

El tercer camino para beber la copa está en la acción.

La acción, como el silencio y la palabra, puede ayudarnos a reivindicar y a celebrar nuestro verdadero ser. Pero también a la hora de la acción necesitamos disciplina, porque el mundo en el que vivimos nos dice: «Haz esto, haz lo otro, vete aquí, vete allí, encuentra a éste, encuentra a ésta». Los negocios se han convertido en un signo de importancia. Tener mucho que hacer, muchos sitios a los que ir y una cantidad enorme de personas con las que encontrarse nos da un *estatus* y una fama. Pero esto mismo, estar tan ocupados, puede arrancarnos de nuestra propia vocación e impedirnos beber nuestra copa.



No es fácil distinguir entre hacer aquello a lo que estamos llamados a hacer y hacer lo que queremos. Nuestros muchos deseos pueden distraernos fácilmente de nuestra verdadera acción. Ésta nos lleva al cumplimiento de nuestra vocación. Ya trabajemos en un despacho, o viajemos por el mundo, escribamos o hagamos películas, cuidemos de los pobres, ofrezcamos nuestro liderazgo, o estemos empleados en oficios sin relevancia, la pregunta no es «¿qué es lo que más me gusta?» sino «¿cuál es mi vocación?». La posición más prestigiosa en la sociedad puede ser una expresión de obediencia a nuestra llamada tanto como un signo de nuestro rechazo a escuchar esa llamada; y la posición menos prestigiosa también puede ser una respuesta a nuestra vocación tanto como una forma de apartarnos de ella.

Beber nuestra copa exige una elección cuidadosa de aquellas acciones que nos acercan más a vaciar esa copa por completo, para que al final de nuestra vida podamos decir con Jesús: «Está cumplido» (Jn 19,30). Y ahí está la paradoja: llenamos la vida vaciándola. En palabras de Jesús: «El que quiera conservar la vida, la perderá, y el que la pierda por mí, la conservará» (Mt 10,39).

Cuando nos entregamos a hacer la voluntad de Dios y no la nuestra, pronto descubrimos que mucho de lo que hacemos no hace falta que lo hagamos nosotros. Estamos llamados a hacer lo que nos traiga la verdadera paz y el verdadero gozo. Lo

mismo que dejar a los amigos por amor al Evangelio nos regalará amigos, de la misma forma, el alejarnos de acciones que no están de acuerdo con nuestra llamada nos pondrá en el buen camino de nuestra vocación.

Las acciones que llevan a un exceso de trabajo, a dejarnos exhaustos y esquilados no pueden alabar y glorificar a Dios. Lo que Dios nos llama a hacer *podemos* hacerlo y hacerlo *bien*. Cuando escuchemos en silencio la voz de Dios y hablemos con nuestros amigos confiadamente, conoceremos lo que estamos llamados a hacer y lo haremos con corazón agradecido.

El silencio, el hablar y el actuar son tres disciplinas que nos ayudan a beber nuestra copa. Son disciplinas porque no las practicamos espontáneamente. En un mundo que nos anima a evitar los temas más reales de la vida, estas disciplinas nos exigen un esfuerzo continuado de gran concentración. Pero si escogemos mantenernos en silencio, si nos rodeamos de un círculo de amigos en los que podamos confiar para hablar con ellos, y emprendemos acciones que broten de nuestra llamada, estamos de hecho bebiendo nuestra copa, sorbo a sorbo, hasta el fondo. Las tristezas de nuestras vidas ya no nos paralizarán, ni nuestros gozos nos harán perder la visión de lo que tenemos que hacer. Las disciplinas del silencio, la palabra y la acción

centran nuestra visión en el camino que estamos haciendo y nos ayudan a seguir adelante, paso a paso, hasta nuestra meta. Encontraremos grandes obstáculos y vistas espléndidas, secos desiertos y también lagos de aguas cristalinas, rodeados de árboles de sombra fresca. Tendremos que luchar contra los que van a intentar atacarnos y robarnos. También haremos amigos maravillosos. A menudo nos preguntaremos si llegaremos a conseguirlo alguna vez, pero un día veremos acercarse a nosotros a quien ha estado esperándonos desde toda la eternidad para darnos la bienvenida al hogar.

Sí, podemos beber nuestra copa de la vida hasta el fondo, y mientras la bebemos, el que nos ha llamado «el amado» antes de que nació, la estará llenando con la vida eterna.

## Conclusión

### LA RESPUESTA

He visto muchas copas: de oro, de plata, de bronce y de cristal, unas decoradas espléndidamente y otras muy sencillas, con unas formas muy elegantes y a la vez muy simples. Sea cual sea su material, su forma o su valor, todas hacen referencia al acto de beber. Beber, igual que comer, es uno de los actos humanos más universales. Bebemos para seguir viviendo o bebemos para acelerar nuestra muerte. Cuando la gente dice: «Bebe mucho» pensamos en el alcoholismo y en los problemas familiares que conlleva. Pero cuando decimos: «Me gustaría que vinieras a beber algo conmigo», pensamos en la hospitalidad, en la celebración, en la amistad y la intimidad.

No es una sorpresa que la copa sea un símbolo tan universal. Abarca mucho de lo que hacemos en nuestra vida.

Muchas copas hablan de victoria: las copas de fútbol, de tenis, son trofeos ardientemente deseados. Fotografías de capitanes levantando una copa

victoriosa mientras sus compañeros de equipo los llevan a hombros están impresas en nuestra memoria como recuerdos de nuestra emoción en momentos de victoria. Esas copas hablan de éxito, de coraje, de heroísmo, de fama, de popularidad y de un gran poder.

Muchas copas hablan también de muerte. La copa de plata de José, encontrada en el saco de Benjamín, huele a tragedia. Las copas de Isaías y Jeremías son las copas de la ira de Dios y de la destrucción. La copa de Sócrates era una copa envenenada que alguien le entregó para que pusiera fin a su vida.

La copa de la que habla Jesús no es ni un símbolo de victoria ni un símbolo de muerte. Es un símbolo de vida, llena de dolores y gozos, que podemos mantener en nuestras manos, que podemos levantar y beber como una bendición y como un camino de salvación. «¿Podéis beber la copa que yo he de beber?», nos pregunta Jesús. Esta pregunta tendrá un sentido diferente cada día a lo largo de nuestras vidas. ¿Podemos abrazar con buen ánimo las penas y los gozos que nos llegan día tras día? En un momento dado puede parecer muy fácil beber la copa, y en ese momento podemos dar un sí rápido a la pregunta de Jesús. Pero quizá al poco tiempo, las cosas pueden parecernos completamente diferentes, y todo nuestro ser grita: «¡No, nunca!» Debemos dejar al sí y al no, a ambos, que hablen en nosotros para llegar a conocer con mayor

profundidad el enorme desafío de la pregunta de Jesús.

Juan y Santiago no tenían ni la más mínima idea de lo que decían cuando respondieron que sí. Apenas entendían quién era Jesús. No pensaban en él como en un líder que sería traicionado, torturado y muerto en la cruz. Tampoco se imaginaban que sus vidas iban a estar marcadas por viajes agotadores, persecuciones terribles, que se iban a consumir en la contemplación o el martirio. Su primer sí tan fácil tuvo que ser seguido por muchos difíciles síes hasta que sus copas se vaciaron totalmente.

¿Y cuál es la recompensa de una respuesta auténticamente afirmativa? La madre de Juan y de Santiago quería una recompensa concreta: «Manda que estos dos hijos míos se sienten uno a tu derecha y otro a tu izquierda cuando reines» (Mt 20,21). Ella y ellos tenían muy pocas dudas sobre lo que querían. Ambicionaban el poder, la influencia, el éxito, la riqueza. Se preparaban para ocupar un puesto relevante cuando los ocupantes romanos fueran expulsados del territorio y Jesús fuera proclamado rey y preparara su propio equipo ministerial. Querían ser su mano derecha e izquierda en el nuevo orden político.

Pero, a pesar de su mala interpretación, habían sido profundamente tocados por este hombre, Jesús. En su presencia, habían experimentado algo que nunca habían imaginado. Tenía que ver con la libertad interior, el amor, la preocupación por los

demás y, sobre todo, con Dios. Sí, querían poder e influencia, pero sobre todo querían estar cerca de Jesús a toda costa. A medida que avanzaban en su camino personal al lado de Jesús, descubrieron gradualmente a lo que habían dicho sí. Oían cosas sobre ser siervo y no señor, sobre buscar el último lugar en vez del primero, sobre entregar sus vidas en vez de dominar la vida de los demás. Y en cada una de esas ocasiones tenían que hacer una nueva elección. ¿Querían seguir con Jesús o abandonarlo? ¿Querían seguir el camino de Jesús o buscar a algún otro que les diera el poder que deseaban?

Más tarde, Jesús les planteó el reto directamente: «¿También vosotros queréis marcharos? Pedro respondió: Señor, ¿a quién iríamos? Tus palabras dan vida eterna. Nosotros creemos y sabemos que eres el santo de Dios» (Jn 6,67-69). Él y sus amigos habían empezado a intuir el reino del que Jesús les había estado hablando. Pero seguía en pie la pregunta: «¿Podéis beber la copa?». Dijeron que sí una y otra vez. ¿Y en qué quedó el tema de los asientos en el reino? Podrían no ser los sillones que habían esperado, ¿pero podrían estar más cerca de Jesús que los demás seguidores?

La respuesta de Jesús es radical, como su pregunta: «... pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo, sino que es para quienes lo ha reservado mi Padre» (Mt 20,23). Beber la copa no es un acto heroico con una maravillosa recompensa. No es la ganancia fruto de un

contrato. Beber la copa es un acto de amor desprendido, de inmensa confianza, de sometimiento a un Dios que les dará lo que necesiten cuando lo necesiten.

La invitación de Jesús a beber la copa sin ofrecer la recompensa que esperamos es el gran reto de la vida espiritual. Rompe todos los cálculos humanos y todas las expectativas. Desafía todos nuestros deseos de seguridad por adelantado. Vuelve cabeza abajo nuestra esperanza para un futuro predecible y echa por tierra todas nuestras autosuficiencias y seguridades inventadas. Pide una confianza radical en Dios, la misma confianza que hizo beber a Jesús la copa hasta las heces.

Beber la copa que bebió Jesús es vivir una vida en el espíritu de Jesús, que es el espíritu de un amor incondicional. La intimidad entre Jesús y el Abba, su Padre, es una intimidad de confianza completa en la que no se dan los juegos del poder, ni un consentimiento mutuo a unas promesas, ninguna garantía por adelantado. Se trata solamente del amor, puro, sin restricciones, ilimitado, totalmente abierto, totalmente libre. Esta intimidad le dio a Jesús la fuerza para beber la copa. Esta intimidad tiene un nombre, un nombre divino. Es el Espíritu Santo. Vivir una vida espiritual es vivir una vida en la que el Espíritu Santo nos guiará y nos dará la fuerza y el coraje para seguir diciendo *sí* a la gran pregunta.

## Epílogo

### UNA COPA, UN CUERPO

El día 21 de julio de 1997 se cumplirán cuarenta años desde que el cardenal Bernard Alfrink me ordenó sacerdote y mi tío Anton me dio el cáliz de oro.

A la mañana siguiente celebré mi primera misa en la capilla de las hermanas del seminario. Yo estaba de pie frente al altar, dando mi espalda a las hermanas, que habían sido tan buenas conmigo durante mis seis años de estudios de filosofía y teología. Leí lentamente en latín todas las lecturas y oraciones. Durante el ofertorio, levanté el cáliz con mucho cuidado. Después de la consagración lo alcé por encima de mi cabeza, para que las hermanas pudieran verlo. Y durante la comunión, después de haber tomado el pan consagrado, bebí de él, el único al que se le permitía hacerlo entonces.

Fue una experiencia íntima y mística. La presencia de Jesús era más real para mí que la de cualquier amigo. Después, me arrodillé durante largo rato y me sentí abrumado por la gracia de mi sacerdocio.

Durante los cerca de cuarenta años que han seguido, he celebrado la eucaristía diariamente con muy pocas excepciones, y apenas puedo concebir mi vida sin esa fuerte experiencia de comunión íntima con Jesús. Es cierto que todo ha cambiado. Hoy me siento a una mesa baja, en círculo con hombres y mujeres disminuidos. Todos leemos y rezamos en inglés. Cuando se ponen sobre la mesa las ofrendas de pan y vino, se vierte el vino en grandes copas de cristal, que yo y los ministros de la eucaristía colocamos sobre el altar. Durante la plegaria eucarística el pan y las copas son levantadas para que todos puedan ver las ofrendas consagradas y experimentar que Cristo está realmente entre nosotros. Luego, el cuerpo y la sangre de Cristo nos son ofrecidos a todos como pan y vino. Y cuando nos ofrecemos la copa unos a otros, nos miramos a los ojos y decimos: «La sangre de Cristo».

Este hecho diario ha profundizado nuestra vida de comunidad durante años, y nos ha hecho conscientes de que lo que vivimos diariamente, nuestras penas y gozos, es una parte integrante del gran misterio de la muerte y resurrección de Cristo. Esta celebración sencilla, casi escondida en el sótano de nuestra pequeña casa de oración, hace posible vivir nuestro día, no como una serie fortuita de hechos, encuentros, sino como algo creado por el Señor para hacer patente su presencia entre nosotros. ¡Cómo han cambiado las cosas! ¡Y todo ha seguido lo mismo! Hace cuarenta años, no podía imaginar-

me ser un sacerdote en la forma en la que lo soy ahora. Pero sigue siendo la continua participación en el sacerdocio compasivo de Jesús la que hace que estos cuarenta años parezcan como una larga, una hermosa eucaristía, un acto glorioso de petición, alabanza y acción de gracias.

El cáliz dorado se ha convertido en una copa de cristal, pero lo que contiene sigue siendo lo mismo. Es la vida de Cristo y nuestra vida, unidas en una sola. Cuando bebemos la copa, bebemos la copa que bebió Jesús, pero también bebemos *nuestra* copa. Ése es el gran misterio de la eucaristía. La copa de Jesús, llena de su vida, derramada por nosotros y por toda la humanidad, llena con nuestra propia sangre, se ha convertido en una sola copa. Cuando bebemos esta copa juntos, como la bebió Jesús, somos transformados en un solo cuerpo de Cristo vivo, siempre muriendo y siempre resucitando para la salvación del mundo.

## Índice

Prólogo: El cáliz y la copa .....	11
Introducción: La pregunta .....	17
I. <i>Tomar la copa</i> .....	21
1. Tomar entre las manos .....	23
2. La copa del dolor .....	29
3. La copa del gozo .....	39
II. <i>Levantar la copa</i> .....	51
4. Levantar .....	53
5. La copa de bendición .....	59
6. Por la vida .....	67
III. <i>Beber la copa</i> .....	73
7. Beber .....	75
8. La copa de la salvación .....	81
9. Hasta el fondo .....	89
Conclusión: La respuesta .....	99
Epílogo: Una copa, un cuerpo .....	105